conversaciones

Estoy aquí pero estoy allí
Una entrevista con cuidadoras transnacionales

Encontramos a Viki, Ismucané y Paulina en un piso de 30 metros cuadrados en el que Ismucané vive desde hace unos pocos meses. El piso está en una casa de esas antiguas, semicorrala, rodeada de solares en construcción, en el madrileño barrio de Tetuán. Viki y Ismucané son de Manabí, una provincia de la Costa de Ecuador. Paulina, en cambio, es serrana, de Quito. Ismucané ha cocinado para todas una deliciosa sopa de pollo y arroz. A la hora del café, después de una llamada a Ecuador y de habernos puesto al día de nuestras vidas, batallas y alegrías respectivas, ponemos en marcha la grabadora e iniciamos una larga entrevista, salpicada de interrupciones, risas-lágrimas, consejos prácticos y planes comunes.

P– ***¿Qué hacíais en Ecuador antes de venir a España?***

Viki– Yo tenía mi negocio, era directora de una empresa de cosméticos de muy buena calidad. Dirigía un grupo de mujeres: yo las dirigía y ellas vendían. Empecé como vendedora, en la empresa se la llama consultora. De acuerdo a las ventas y al personal que logres ingresar a la empresa, vas ascendiendo de categoría. A mí me ingresó mi hermana, ella fue directora antes que yo. Aparte de eso, trabajaba en otra empresa en contabilidad. Después que ascendí, renuncié a la empresa de contabilidad para quedarme solo con los cosméticos. Lo de los cosméticos era un sistema de venta a domicilio. Tú ganas comisiones por lo que vendes y, en el caso de las directoras, ganas por las ventas directas y un porcentaje por las ventas indirectas. Cuando se incrementa el grupo, puedes subir de categoría y es donde uno gana realmente.

Tengo una familia grande, de cuatro hijos. Mi marido y yo, además de mi trabajo, trabajábamos los dos en una empresa distribuidora. Era un producto exportado del Brasil, una semi joya. Él tiene su profesión, le gusta el campo, la agronomía, todo eso. Antes trabajaba en la agricultura, pero cuando yo empecé a trabajar en la empresa de cosméticos, la empresa le ofrece una distribución. Nosotros distribuíamos al por mayor y a él le tocó en otra ciudad. Realmente ahí comenzo nuestra caída: mucha gente nos quedó mal, tuvimos que cubrir cheques muy fuertes y nos endeudamos prestando al «churco», no sé como le llaman ustes aquí, que nos cobran intereses muy altos, no el banco sino personas, usureros.

Nosotros teníamos muchos gastos y de pronto también fue una desorganización de parte nuestra, porque, por decir, ya dejamos de ganar y de pronto teníamos que haber reducido gastos, tú sabes, que uno se acostumbra a veces a ciertas cosas, y seguimos con el mismo ritmo de vida y nos gastamos más de lo que podíamos, hasta que llegó un momento en que no podíamos cubrir nada, nos fuimos cayendo poco a poco, y estábamos tan endeudados que tuvimos que decidir venirnos. Primero era mi marido el que se venía, después consiguió trabajo en una empresa y se fue a trabajar a esa empresa. Entonces yo decidí venirme y se me hizo como mas fácil a mí, le pedí ayuda a una amiga, me dió un prestamo para el pasaje y me vine.

Paulina– En mi caso, yo vivía en Quito cuando vivía en Ecuador y mi vida era de estudiante, llevaba más o menos la vida de una chica que va al instituto. Mi padre era profesor en el colegio al que yo iba, yo fui ahí toda mi vida. Mi padre siempre ha estado allí y mi madre trabajaba en la casa y en muchas otras cosas que no dan dinero. Siempre me daba la impresión que mi madre era como una ama de casa que veías correteando con un pañuelo en la cabeza, típica ama de casa, y luego salía disfrazada de señorita con un portafolio.

Nosotros primero vivíamos en el sur de Quito, en unas multifamiliares, era un proyecto del gobierno para familias más humildes. Eso hasta los ocho años. Luego mis padres vendieron ese piso y con el dinero compraron un terreno en el norte. Es curioso, se supone que en el norte es más caro. Estuvimos alquilando durante años un piso, mientras ahorrábamos suficiente dinero para construir la casa. La construcción de la casa fue muy colectiva. Claro que contrataron obreros, pero el fin de semana íbamos toda la familia a trabajar en ella.

Ismucané– Antes de venir a España yo tenía un almacén de mi propiedad. Había de todo un poco: zapatos, telas, perfumes, ropa para niños, mujeres y hombres… Parecía un todo a cien, como los de aquí, con menos inversión. Ademas estudié, obtuve el título de profesora y pude colaborar de voluntaria en un colegio de campesinos, que fue lo último que hice en el ámbito organizativo. En los años anteriores, he colaborado de diferentes formas: comencé en la iglesia como catequista, enseñando a jóvenes de mi edad el evangelio desde otro punto de vista; he trabajado con grupos de mujeres, con niños con problemas de retraso mental, etc. Todo lo que he realizado, de una u otra manera, ha pulido mi personalidad. En lo último que hice, hablo del colelgio, era algo curioso: yo sentía que estaba enseñando a dirigentes campesinos y estaba nerviosa al estar frente a ellos con la experiencia que tenían, y ellos sentían lo mismo porque muchos no sabían escribir bien, no tenían conocimientos de otras cosas y se sentían limitados en algunas areas. Este colegio se creó para dar oportunidades al sector campesino. Era un colegio a distancia para gente del campo. La jornada de trabajo del campesino es incompatible con el horario de estudio en nuestro pais, además están los salarios bajos y los medios de transporte para las comunidades, que son escasos, casi no hay. Es por este motivo que se crea el colegio para dar alternativas de estudios, no sólo a los dirigentes campesinos que no habían podido continuar sus estudios, sino a muchos jóvenes que por sus escasos recursos no pudieron estudiar. La forma de estudio era por módulos y cada cierto tiempo había encuentros para intercambiar conocimientos, experiencias, inquietudes, vivencias, etc. El sistema de estudios con el que empezamos nos motivaba mucho: era un aprender juntos con

unas expectativas estupendas, aunque no se pudieron cumplir por la falta de apoyo de las fundaciones y de las ONG's.

La organización que lo promovía era una organización campesina, tenía cierta relación con la iglesia, sus apoyos económicos venían de amigos extranjeros, fundaciones, ONG's extranjeras, etc. Antes de venirme, dejé de colaborar con la organización y el colegio por mi situación de inestabilidad económica: me separé de mi marido y tenía que trabajar más tiempo para mantener a mis tres hijos y sacarlos adelante.

Yo soy de un pueblo de aproximadamente 2000 habitantes que está en Santa Ana, un cantón de la provincia de Manabí. En mi pueblo no hay hospital, universidad, centros comerciales… El municipio aporta muy poco al desarrollo económico, no hay fuentes de trabajo, no hay medios de producción, las personas que reciben un sueldo fijo trabajan en instituciones pertenecientes al Estado. Hay ingresos también por pequeños negocios: sastrería, restaurantes, heladerías, tiendas de abarrotes, peluquerías, etc. Mi pueblo se dedica más a la agricultura y a la ganadería. Con el fenómeno del Niño sufrió mucho este sector.

La dolarización trajo un caos total al país: todo se encareció, el dinero se fue de nuestras manos. Yo lo viví muy de cerca con mi almacén. Por ejemplo, antes compraba una cantidad de mercadería por un valor de 10 millones de sucres y hablamos de mucho dinero, este dinero tenía que pagarlo entre 1 y 2 meses; pero con la dolarización se incrementaron los valores de inversión aproximadamente en 50 millones de sucres, o sea 2.000 dolares, y tenía que pagarlo entre 15 y 20 días como máximo, que era imposible, porque las ventas bajaron mucho y lo que vendía en mi almacén no eran productos de primera necesidad, una familia podia presindir de comprarlos. Cada vez era todo mas preocupante, todos los sectores se veían afectados. Uno de los más afectados fue el agrícola: sus deudas eran tan altas que tenían que vender sus tierras para pagarlas o dejar de cultivar la tierra para emigrar a las ciudades. Los que se benefician con esta situación de empobrecimiento son los prestamistas del pueblo: son personas o familias con un mayor poder adquisitivo. La gente del campo les pide dinero con intereses muy altos, para el cultivo o por cualquier otro motivo. Ponen de garantía sus tierras y el fruto de ellas. Además, tienen que cumplir ciertas condiciones, como vender toda su producción a los prestamistas, a los precios que impongan, que siempre son muy bajos.

La situación era preocupante: no se veía esperanza de un cambio. Analizando la situación de mi vida, comprendí que tenía que hacer algo, era urgente buscar otro ingreso para salir adelante. Más aún cuando era cabeza de familia: tenía bajo mi responsabilidad a mis tres hijos, su padre se marchó con otra persona y no cumplía con sus obligaciones. Después de buscar diferentes alternativas allí y no encontrarlas, decido venirme a España, para mejorar la situación de vida de mis hijos y la mía.

Tengo que comentar que salir del país no es fácil, necesitas mucho dinero para hacerlo, por lo general vendes tus pertenencias o adquieres deudas a intereses muy altos, poniendo de garantía tu casa y pertenencias. Si no las posees, no tienes altenativa de salir.

P– ***¿Cómo fue vuestra salida de Ecuador?***

VIKI– En mi caso, como dije antes, teníamos deudas y una familia grande. Para tomar la decisión de irme, nos juntamos todos y estuvimos de acuerdo. Bueno, mis hijos. Mi marido al principio estaba de acuerdo, después no, pero igual me vine. Primero pensé quedarme por un año, pagaría mis deudas y volvería. Llevo casi dos y no termino de pagarlas. Pienso pagarlas antes de fin de año. Mis hijos los dejé con mi madre. Mi marido trabajaba en otra ciudad y bueno, también se encargaba, aunque entre mi marido y mi madre no hay una buena relación, así que cuando él entraba, ella salía y viceversa. Ahora él se vino aquí. Con su ayuda creo que podré pagar las deudas. Mi meta fue venir a pagar deudas, recoger algo de capital y regresar.

Nuestro negocio de distribución sigue funcionando allí, pero con otras personas. Mi grupo lo lleva mi hermana porque le correspondía según la política de la empresa, no por ser mi hermana, sino por haber sido la persona que me ingresó. Y las ganancias del grupo las recibe ella. Yo cuando vuelva a mi país no sé si continuaré con ello, me gustaría ponerme un restaurante. Sé que no es fácil y ahora no tengo el capital… Si regreso pronto por algún motivo especial, buscaría trabajo allí, en lo que sé. Yo estudié economía en Manta. Cuando regrese a mi país, creo que podría volver a las empresas donde trabajé antes, porque tengo experiencia y gente conocida.

PAULINA– Yo era una cosa que sabía que iba a suceder, desde adolescente más o menos. En mi casa se decía: cuando te gradúes, tienes la oportunidad de irte. Yo nunca había salido de Ecuador, pero como el colegio al que yo iba era americano internacional, había muchas ventanas y una curiosidad impresionante. Yo me moría de las ganas de salir, era una cosa que deseaba desde hace mucho tiempo. Además, empezaba a sentir que me sofocaban muchas cosas allí y que era una manera de librarme de muchas de las presiones. Como mujer y adolescente, me encontraba muy reprimida por la familia, por el barrio, por la sociedad. Como que te toman mucho tus energias: o conformarte o rebelarte. También requería mucha energía por el lado familiar, así, sobreprotector: me sofocaba mucho.

Mi hermana se fue primero, a los Estados Unidos, pero volvió a los seis meses. Luego me gradué yo, y en esa época quería estudiar arte y también fuera. Pero no me dieron suficiente beca para costear los estudios, así que decidí no ir a la ecuela, sino autoeducarme, y me fui a Brasil. Allí tomé unas clases de escultura con una pintora y trabajé unos días en un colegio, con niños. Una vez que sales por primera vez cuesta mucho aceptar la idea de volver. Luego tuve la suerte de ganarme una beca en una universidad en Estados Unidos. Regresé a Quito y aproveché esa oportunidad y me fui a estudiar a Boston. Allí estuve cuatro años.

ISMUCANÉ– Cuando has tomado una decisión, sabes que en un momento determinado pueden pasar muchas cosas. Es irónico: antes de venir decía que jamás me separaría de mis hijos. Luego las condiciones de vida te cambian y miras las cosas prioritarias

y dices: qué hago con tres hijos y un futuro por delante. Sientes la presión del medio donde vives al estar separada, tu ex-pareja no cumple con su responsabilidad y utiliza todos los medios para chantajear, humillar y manejar la situación de la forma mas ruín… Así que me dije que no quería esa vida, que prefería irme y luchar para sacar a mi familia adelante, siendo libres. Creí que era más fácil, porque con Viki nos decíamos en Ecuador que seríamos capaces de trabajar en el servicio doméstico, pero, claro, nos imaginábamos allí una situación diferente a la real, nos sentíamos muy fuertes en el rato de tomar la decision.

Viki pensaba que yo no venía, pero viendo mi situación de responsabilidad de vida para mis hijos y para mí… porque yo soy una mujer muy independiente, que no quiere causar complicación a nadie y me preguntaba qué sería de mí cuando sea mayor, no quería ser un obstáculo en la vida de nadie. Y quería tener un dinero para disponer de él cuando llegara ese momento.

Tomé la decision y se la comuniqué a mis hijos y a mis padres. Parecía sencillo, porque lo planteamos para mejorar nuestra situación de vida, por un tiempo determinado. Hablé con mis dos hijas mayores. Mi hijo era muy pequeño para entender que tenía que irme, pero las niñas lo entendieron y me apoyaron. Mis padres al principio no estaban de acuerdo; ellos al tener más experiencia saben que la vida no es fácil. Me pusieron muchas trabas, pero les expliqué el porqué y entonces me apoyaron. Sin su apoyo no hubiera venido, porque a mis hijos no tendría con quién dejarlos. Con comprension de todos, empecé a vender las cosas que tenía en mi almacén, casi perdiendo, fue una carrera contra el tiempo, llena de estrés, angustia, de todo.

Lo más díficil fue cuando nos avisan que el vuelo estaba confirmado, que teníamos que pagar el pasaje y que en una semana salíamos. El dinero de la bolsa me lo enviaban de aquí. Llamé, porque el tiempo era corto, y solucioné ese problema. Tuve que dejar un escrito en el tribunal de menores diciendo que salía fuera del país por mi situación económica y que mis hijos quedaban con mis padres. Si no hubiera hecho eso, mi ex-marido me hubiera quitado la tutela de mis hijos. Total, eran tantas cosas que había que dejar solucionadas que parecía *superwoman*.

En ese momento se cruzan por tu cabeza tantas cosas… Recuerdo que por las noches no podía dormir dejando todo listo, había que vender lo más que se pudiera y dejar todo en regla. Conservo en mi mente la imagen de mis niños durmiendo… en ese momento pensaba con mucho dolor, porque no es sólo tristeza, es un dolor muy profundo, sientes que te arrancan algo de ti, no sé si todas las madres sentiremos eso, pero para mí el dolor de separarme de mis hijos fue peor que traerlos al mundo. Pensar en que vas a regresar pronto… pero ahora sabemos que el regreso es incierto y que nuestras metas están inalcanzables, al menos en el tiempo que pensábamos, y que la realidad es dura y diferente a la que nos imaginábamos.

Al recordar esos momento, me emociono: recordar a mis hijos, mis padres… es muy duro. Quizás para Paulina no es igual, porque cuando uno es soltera, eres más libre, cuando eres madre es diferente. De mi casa salí un miércoles 14 de noviembre del año 2001, a las 9 de la noche. Unos amigos pasaron por mí: en mi caso nadie podía saber que me iba, porque al estar

separada de mi marido pero no divorciada, él podía impedir mi salida o hacer que me regresaran. Mi familia vivió momentos muy duros, sin poder expresar el dolor que sentían… Mis hijos no podían demostrar su dolor y tristeza porque si su padre lo intuía, podía solicitar mi regreso. Yo llegué a España el día sábado 17 de noviembre a las 6 de la mañana. Cuando les llamé y dije que había llegado, ya podían decir ellos que me había ido y expulsar todo lo que tenían dentro.

En el avión no podía contener mi llanto. Viki me decía que no llorara, que lo disfrutara, que lo díficil lo encontraríamos al llegar. Y tenía razón. No le deseo a nadie que pase por esta situación, es muy dura. Pero tengo claro que si no hubiera venido, sería peor. Considero que mi estancia aquí, en España, me ha servido para valorar más esas cosas sencillas, ser más crítica, más dura. También he vivido cosas agradables y desagradables. Ahora que sé cuando regreso a mi país, siento alegría y pena: alegría porque regreso con mi familia, con mi gente. Y tristeza por lo que dejo: he vivido y he compartido con personas maravillosas y puedo decir que me he sentido viva, querida e integrada, aunque no en una gran mayoría, pero sí al menos con gente con ideas similares, que es lo que me importa.

Paulina– Con lo que estás contando, Ismucané, eso del desgarre, me imagino a mi madre. Tienes toda la razón, mi perspectiva es totalmente otra. Incluso para mí era esta cosa de decir «qué alivio» a precio del sufrimiento de mis padres. Yo tengo una foto del aeropuerto: tienes que ver las caras que tienen, parece que estuvieran en mi funeral. Lo peor también es la distancia, el lazo de afectividad se pierde con la distancia, y ahora pienso en cómo han cambiado las conversaciones en el teléfono, porque yo no llamo todas las semanas como tú, y las conversaciones no son tan intensas.

La decisión de mi viaje estaba vista desde otro punto, me acuerdo un poco del desprendimiento de la familia como una cosa trágica y también recuerdo un poco el miedo a estar en otro sitio, a verte ahí un poco perdida, y además que yo llegaba a un lugar en donde no conocía absolutamente a nadie.

P– ***¿Cómo fue vuestra llegada? ¿Qué requisitos os pedían para entrar en España, en el caso de Ismucané y Viki, y en Estados Unidos en tu caso, Paulina?***

Ismucané– En ese tiempo no nos pedían visado para entrar en España. Justo cuando nosotros llegamos decían que estaban entrando las últimas personas, que iban a cerrar las fronteras. Nosotras estábamos algo nerviosas, pero nos controlamos, porque en migración veían todo, y si vienes de vacaciones no tienes que estar nerviosa. En el control nos pedían la «bolsa de dinero» mínimo que se exige que lleves contigo para poder entrar en el país: la cantidad varía, en función del país de origen y de las modificaciones en la ley y el reglamento de extranjería, pero se supone que debería ser suficiente para cubrir tus gastos durante una estacia normal de turista, si traías carta de invitación o reserva de un hotel, algo que indicara que venías de turismo. Yo tuve el apoyo de unos amigos españoles que conocí en el Ecuador cuando tenía 13 años, ellos me recibieron.

Viki– Yo para la bolsa tuve que tomar un préstamo al 12% mensual. También me prestaron otro dinero para los trámites. A los tres días de estar aquí, envié el dinero de la bolsa, pero no el dinero de los intereses. El pasaporte me costó 60 dólares. Me los prestó Ismucané. El pasaje lo compré con la ayuda de una amiga ecuatoriana que vive aquí en Madrid: ella me prestó 400 dólares y el resto del pasaje lo pagué en tres letras, a un mes cada una, me costó más de 1.000 dólares.

Para entrar, no tuve ningún problema. No traía carta de invitación, sólo me esperaba mi amiga por si tenía algún problema. Además, nosotras veníamos preparadas por el gerente de la agencia que nos vendió los pasajes. Él nos dio una serie de preguntas y las respuestas para que no entráramos en contradicción. Tenía algo de miedo, porque en Republica Dominicana un guardia nos dijo que para qué veníamos a España, que nos regresarían, que no nos querían. Nos bajó la moral. Pero aquí en el aeropuerto me revisaron el pasaporte y me preguntaron por cuántos días venía, dije los días que indicaba el pasaje y no tuve nervios porque sabía que mi amiga me estaba esperando.

Nada más llegar, me fui corriendo con mi amiga, porque tenía que trabajar a las 9 de la mañana. Yo venía con todo planificado, traía un poco de dinero para pagarle la mitad de la habitación que compartiría con ella. Así que, al llegar, pagué un mes de habitación y dormí mucho, por el cambio de horario. En la casa no había mucha gente, sólo un boliviano y una pareja dueña del piso. Llegué el sábado, el lunes comenzamos a buscar trabajo. Fui donde una amiga para decirle que me ayude y el miércoles me lleva a una iglesia. Era muy por la mañana, temprano, hacía mucho frío, recuerdo que me temblaba todo, parecía que no iba a resistir ese frío. Bueno, allí abrieron la iglesia, que sé yo, a las 9. Luego nos hicieron esperar una hora más, pero ya estábamos dentro. Te hacen una ficha, te piden fotos, la copia del pasaporte y el original para verificar su autenticidad, preguntaron mis estudios, en qué trabajaba allá, cuántos hijos tenía, si era casada… luego me dijeron: «tú eres la indicada para Mónica», la llamaron y me dio cita a las 15h. Eran como las 11 ó las 12. Me fui directa a la dirección que me dieron y llegué como a la 13h. Esperé en un parque cerca de la casa hasta las 15h. Me recibió la señora de la casa, me preguntó cuántos hijos tenía, en qué había trabajado, si podía empezar a trabajar al día siguiente. Le dije que sí y trabajé con ella un año y ocho meses.

Paulina– Yo para entrar en Estados Unidos de visado no tenía problema, porque tenía beca. El problema era que tenía que buscarme la vida. Yo llegaba con mi maleta en mano. Los primeros dos días estuve en un hotel y me acuerdo que se habían perdido las maletas. Entonces iba a la universidad con la misma ropa tres días, hasta que finalmente llegaron. A través de una agencia que ubica estudiantes en casas, contacté a una familia donde iba a vivir a cambio de cuidar a sus hijos y otras cosas. El trato eran 15 ó 20 horas semanales en el cuidado de dos hijos y lo que ellos llaman limpieza ligera. Pero, claro, es muy difícil hacer una frontera entre lo que es ligero y lo que es pesado… A cambio me daban una habitación y supuestamente la comida que nunca había. No tenía salario. Estuve un año escolar viviendo en esa casa. Fue una experiencia horrible, me deprimí, la habitación era un sotano, no tenía luz, estaba todo helado, la mayoría del tiempo con pulmonía y cosas así. Una cosa de mucha explotación. Al final casi no cuidaba a los niños sino que limpiaba la casa, una casa de muchos pisos, a fondo. Ellos eran muy neuróticos, muy raros.

Luego está el sentimiento de soledad. Al principio haces amigos, pero te cuesta un poco. Yo regresé a Boston porque por lo menos me gustaba la universidad, estaba muy en las clases, y cada

año te vas adaptando y van mejorando las condiciones. Me acuerdo cuando salí de aquella casa: las imágenes de empacar las cosas y querer meter allí tus memorias y que todo se quede en el pasado. Esa noche dejé todo en el sótano de una amiga. Luego no podía dormir nada de la ansiedad, de querer irme, así que llamé un taxi. Eran las 5 de la mañana y el taxista me vio por el retrovisor y me dijo: «tú no has dormido nada».

En Boston me quedé cuatro años, estudiando sociología. Trabajé todos los años de mi carrera y los primeros años no tenía permiso de trabajo, sino de estudiante. Con ese pretexto, se aprovechan de los estudiantes extranjeros. Dicen que no puede haber transacción salarial y por este motivo se trabaja a cambio de un plato de comida, no de dinero. En el segundo año conseguí un acuerdo con la universidad para trabajar unas horas como asistente de secretaría. Luego mandé a migración una solicitud de permiso de trabajo, diciendo que no tenía dinero, y me dieron un permiso con el que podía trabajar fuera de la universidad por 20 horas a la semana. Cuando ya te gradúas, te dan un año de permiso de trabajo, aunque creo que con las nuevas leyes de extranjería ya no.

Cuando vivía en Boston coincidí con Alberto, un español que ahora es mi compañero. En esa época me daba miedo quedarme más tiempo en Boston, me daba la sensación de que me iba a quedar 10 a 15 años y me daba miedo. Quería volver a Latinoamerica y justo se presentó Alberto, que quería viajar, y decidimos hacerlo juntos. Nos fuimos en una furgoneta hasta Ecuador y quedamos los dos un poco enamorados. Al llegar a Ecuador, decidimos venir a vivir aquí. Él viajó un mes antes a buscar un piso. En un mes lo consiguió y me mandó la carta de invitación. Llegué con eso y con muy poquito dinero. Tenía una tarjeta del banco, no era de crédito, sino de débito. Al llegar a España, me pidieron la carta de invitación y me preguntaron por los 2.000 dólares de la bolsa de viaje. Yo le dije que no traía en efectivo, pero que tenía una tarjeta donde podía ver mi saldo. Yo creo que ni traía pero cuando vio que mi tarjeta era de un banco de Boston me dejó pasar.

En España, puedes quedarte tres meses legal si vienes de turista, pero yo me quedé más. Cuando se me acabaron los tres primeros meses, viví un poco la paranoia de que me iban a pedir los papeles. Dediqué seis meses inútilmente a hacer entrevistas de trabajo. No tenía referencias de nadie, así que compraba el Segundamano y El País y veía lo que había en el periódico. Buscaba puestos donde pedían inglés o cosas así, puestos como secretaría, recepcionista, teleoperadora… Pensaba que en esos trabajos me cogerían, que bastaba con mostrar interés. La mayoría de los anunciantes resultaban ser ETT's. A veces me decían que bueno, pero en cuanto les decía que no tenía papeles, ya no me daban el trabajo.

Todo ese tiempo viví de ahorros y fatal. Cuando vi que no había manera dije «me voy, me toca volverme». Íbamos a irnos los dos. En el último momento, nos entró un pánico terrible: recuerdo que tuvimos una conversación con mi madre por teléfono y me contó algún chisme de Ecuador y decidimos no irnos. Alberto me dijo «vamos a casarnos». Nos casamos en septiembre y en octubre ya tenía papeles. Bueno, un resguardo: luego tuve que volver a Ecuador a por la extensión de visado.

Ismucané– Yo al llegar me fui con uno de mis amigos, de Tres Cantos. Pasé quince días en su casa. Ellos tenían experiencia con dos amigas que habían venido antes que yo, así que se conectaron con una residencia de San Camilo, en donde hay personas con mucho dinero; ellas habían conseguido

trabajo allí y ganaban 200.000 pelas en el rato que yo vine: ellos querían algo similar para mí. Pero a lo de los camilos había que esperar a un sacerdote que estaba en Roma para que te hiciera la entrevista. Así que empecé a hacer algunas entrevistas por otro lado y cogí un trabajo más por la desesperación. Era de externa, con una señora que parecía muy agradable. Para ese trabajo necesitaba una habitación en Madrid, además porque no quería seguir incomodando a mi amigo de Tres Cantos.

Entonces me vine a Madrid, donde Viki, en la habitación con su amiga. A la semana de estar en esta habitación, me dice la amiga de Viki que tengo que marcharme, que el dueño del piso no acepta que me quede, pero luego resulta que es ella la que no quiere. Para mi fue terrible. La primera noche me fui donde estas dos chicas que estaban ganando muy bien, que también eran ecuatorianas. Luego me trasladé a casa de Nati, una mujer española que conocí en Tres Cantos y que me ofreció su casa hasta que consiguiera algo fijo. Nati es militante de un grupo feminista y, cuando yo estaba aún en Tres Cantos, me preguntó que si quería hacer el papel de madre en una obra que representaban sobre el maltrato a la mujer en Orcasitas. Lo hice y esa noche dormí en su casa, así que ya conocía a su pareja y a su hijo, que tiene el síndrome de la X frágil. Con esta poca relación y un poco de vergüenza, entré a vivir con ellos, pensando estar allí el tiempo necesario hasta encontrar un lugar donde vivir, donde estabilizarme. Vivir en casa de Nati me ayudó mucho en todos los aspectos: es una de las mejores cosas que me han pasado. Me enseñó a movilizarme en el metro, me relacionó con sus amigos y me integraron en su grupo de amigos y actividades… Gracias a Nati pude conocer a Andrea y gracias a Andrea pude concocerlas a ustedes.

En las iglesias te pedían una serie de información, la que ha dicho Viki, y además informes de gente conocida. Tengo claro que el primer trabajo me lo dieron porque tenía gente española que me conocía. Lo que se contaba de las iglesias era muy desagradable: por ejemplo, se decía que había unas monjas que antes de repartir las fichas te daban un sermón peor que si hubieras cometido un asesinato. Además, te dan cursillos de cocina, de relaciones humanas... Actualmente se está imponiendo en algunas organizaciones de ayuda que son parroquias los famosos cursos por un mes si apruebas el curso, te dan contactos de posibles trabajo. Entre los cursillos actuales está aprender a tratar a tu jefa esto me hizo mucha gracia y les dije que si a la jefa también le daban un curso para tratar a las personas que trabajan con ella. Con todo esto quieren lograr que no protestes, que te dejes explotar sin quejarte.

El primer trabajo que conseguí lo dejé al mes y medio la señora era muy nerviosa, me dejaba listas de tareas con horarios establecidos y 15 minutos para comer. Un día protesté, ella me dijo que allí mandaba ella y yo le dije que entonces hasta ese día trabajaba. Y me marché. Estaba sin habitación y sin trabajo. Muy temprano por la mañana, me iba a las iglesias a buscar trabajo, eran unas colas muy largas y el trato de algunas personas (no todas) era muy desagradable. Repartían 20 fichas y los que no recibían ficha se quedaban sin oportunidad en ese día. Como suelo hacer amigos con facilidad, hacíamos grupos de los que nos quedábamos sin ficha y nos íbamos a otra iglesia. Así fui conociendo diferentes lugares y personas.

También he tenido relación de trabajo gracias a amigos. En Ecuador conocí antes de venirme a una chica que es trabajadora social de un hospital de Madrid. Gracias a ella conseguí dos trabajos de cuidado de mayores: en el primer trabajo estuve doce días en el hospital y luego en la casa; en

el segundo, trabajé cuatro meses y lo dejé para irme interna. Además he realizado muchos trabajos por horas para completar.

P– ***¿Qué condiciones laborales habéis tenido en los trabajos en los que habéis estado hasta ahora aquí?***

Viki– Cuando llegué, después de pocos días, entré a trabajar de interna. Yo quería de interna porque no tenía a nadie aquí, de externa me gastaba más dinero y por lo menos hasta que conociera más gente, me ambientara, o hasta que me salgan los papeles… Uno al principio piensa tantas cosas que mira que con el tiempo terminas por pensar diferente… En ese primer trabajo me pagaban 85.000 pts., más 10.000 pts. del pago de Sanitas, que yo le pedí que me pagaran a mí, que yo me sentía sana y lo necesitaba. Mis tareas eran cuidar a tres niños, y hacer todo lo de la casa, aunque también tenían una asistenta. Era un poco más suave que el de ahora, porque era un piso, la gente era muy considerada, yo tenía mi rato de descanso y me desocupaba muy temprano en la noche, a las 21:30 como tarde. Empezaba a trabajar a las 8:15. Después que arreglaba la cocina, descansaba desde las 15:30-15:45 hasta las cinco. Allí tenía que ir a buscar a los niños, traerlos y hasta las 21, de repente hasta las 22.

Este trabajo lo dejé porque vino mi marido, Guillermo. Más o menos al mes que llegó Guillermo, puse un anuncio en el Segundamano para conseguir un trabajo de matrimonio. Tú sabes que en el Segundamano hay que llamar todos los días para que salga tu anuncio. Yo a veces no llamaba y en mayo me propuse ponerlo y ser constante en las llamadas, hasta que me salió una casa: un matrimonio, él de 35 años, dueño de una empresa de publicidad, y ella de 33 años, economista, trabaja en una empresa, no sé, de finanzas o algo de números. Creo que nosotros nos apresuramos. Guillermo se me enamoró del viejito, a él enseguida le gustó y me dijo «nos vamos». Mira que después nos llamaron para otro trabajo y me dijo que no, que habíamos dado la palabra y bueno, tanto tiempo sin mi marido y por estar juntos y supuestamente por ahorrarnos algo más… Aunque yo, sacando las cuentas, estaríamos igual si pagáramos piso. Nos quedaría el mismo dinero y nos sentiríamos más libres, no tan estresada y cansada como me siento ahora. Esta semana me he mirado al espejo y me he visto veinte canas de las que no tenía, ya el próximo mes tengo que pintarme el pelo…

En este trabajo nos pagan 95.000 pts. a cada uno. Y de horario… pues nosotros porque nos hacemos cara dura, porque si ellos pudieran decirnos «a las 7 estén levantados», creo que nos harían estar levantados a esa hora. Y luego, a la noche, tres veces a la semana tienen cena con invitados y aunque no se haga cena, ellos pican cualquier cosa. Así que yo tengo que estar en la cocina hasta las 23:30 ó 24:00.

Mis tareas son todas. Tengo a mi cargo un casa completa, una casa con piscina. Es una casa muy moderna, con persianas eléctricas en el salón y todo. Es un trabajo muy fuerte: lavo, plancho, limpio, cuido dos niñas, tengo que cocinar, hacer comida especial para el abuelo, que sólo come puré… Mi marido atiende al viejito, hace su habitación, le

lleva a realizar sus recados, conduce el coche, mantiene el jardín, riega las flores, saca la basura… Por lo general, se levanta a veces igual que yo y de allí se va a regar. A las 10 tiene que despertar al viejito a darle de desayunar, vestirlo, ducharlo… De repente, Guillermo se me escapa y el viejito me dice «Viki, hazme un zumo». Tengo que lavarle y plancharle y hay semanas que el viejito pasa muy mal del estómago y se manchan muchas sabanas, pijamas… y ya se imaginan los olores… La primera semana que manchó la ropa con heces, me iba al grifo y sacaba lo sucio con la mano, porque las heces de los mayores es cosa seria. Y aún así tenía olores al plancharla.

Tengo una jefa nerviosa, es medio gritona. Y las niñas son tremendas. Me han intentado pegar. Yo se lo dije a sus padres y te cuento que a la pequeñita tuve que darle. La grande me trata fatal, me ha intentado pegar. Y me dijo: «"si tú me pegas, se lo digo a mis padres". Yo le digo: "yo no te voy a pegar, pero si me pegas, entonces sí te pego". Y ella contesta: "pero es que mi madre no te va a creer a ti"». A los padres no les gustó que les diga lo de sus hijas, pero lo siento, yo no las puedo cuidar si las niñas no me obedecen. Teniendo el dinero que tienen, querían que me diera tiempo para bajar con las niñas a la piscina y se disgustaban si no lo hacía… Podrían haberlas mandado a un curso de verano, porque yo si bajaba a la piscina, no podía preparar la comida… Porque las niñas comen bien, dos platos. Con tantos platos y tantas comidas distintas yo me paso en la cocina de las 13 a las 17h. Y la señora aún me dice que sólo me quejaba de las niñas, pero que no me las ganaba jugando con ellas…Quería también que haga deberes con ellas, pero yo no puedo, no tengo paciencia, no puedo hacerlo todo…

P– ***¿Podrías describir un día normal tuyo en este trabajo, desde que te levantas hasta que te acuestas?***

Viki– Me levanto a las 8. Desayuno en media hora y mientras organizo el lavavajillas, doy el desayuno a Guillermo, dejo todo ordenado en la cocina y me voy al salón. Comienzo por allí. El salón me lleva mucho tiempo: es de madera, tiene muchos cristales y además hay unos *halls* donde ellos comen. Ellos no recogen nada, me dejan todo por ahí… Después que arreglo el salón, si no se han despertado, me voy al cuarto de la lavadora. Tengo que caminar un poquito, porque queda en el patio. Tiendo la ropa del día anterior y meto otra lavadora. En eso ya se me despierta ella y comienzo a hacer su habitación o le hago un zumo. Y se me despiertan también las niñas y tengo que atenderlas. Y desde ahí hasta las 13h, me la paso entre limpiar y cuidar a las niñas… Limpio un montón de habitaciones: la habitación de ellos, con su baño, la habitación de las niñas, el cuarto de juego, el baño de las niñas y otro cuartito, que era un cuartito de estar, pero como el bebé que viene es varón, va a ser para el bebé, más otro baño que supuestamente es para el bebé y ahora lo usa la visita. Y siempre la señora me anda que esto, que lo otro… Por último, ¿sabes lo que quiere que le haga? Acordarme de la vitamina que tiene que tomarse…

De ahí, ya entro a cocinar. Siempre trato de estar entrando a la cocina a las 13h, aunque a veces me coge más tarde. Y hasta las 17h me la paso cocinando, sirviendo la mesa y a la vez atendiendo. A veces, cuando ellos están comiendo, me dicen: «ya, Viki, sientate a comer». Pero claro, mientras yo me siento, ellos ya están terminando y tengo a veces media comida cuando ellos quieren

el postre: que la señora quiere fruta, que la niña quiere fruta, que la otra quiere un yogur…Cuando los señores no están y me quedo sola con el viejito y con las niñas, los siento a todos en la cocina. Así camino menos, pero están las niñas a mi cargo completamente y hay que ver que coman. Y luego de la comida, no descanso: recojo y me voy a sacar la otra lavadora…Al día pongo tres lavadoras y vengo a planchar con un sueño que me mata, sabes, un cansancio que me mata… Plancho todo hasta las cinco y media o seis, que las niñas quieren merendar y hay que darles de merendar. Y si hay algo que hacer, por ejemplo, un gazpacho, me escapo un momento y me voy a hacerlo, porque a veces en la cena no me da tiempo. Porque mira, las niñas cenan una cosa, el abuelo cena otra, Guillermo otra y los señores otra cosa… y luego, claro, como a ella a las 22h le parecía temprano comenzar su cena, comienzo a hacer su cena a las 22:30, y las niñas, que se tiran comiendo una eternidad, que si el postre, que si la ésta… ¿A qué hora imaginan que salgo de la cocina? Es que salgo tarde…

Ismucané– Es el fallo de uno, cuando hace una entrevista de trabajo, no fijar las tareas y las horas de trabajo. Hay que decir: «¿cuántas horas voy a trabajar?» y luego, en las horas de descanso, si yo quiero me duermo, si yo quiero me voy a dar un paseo, me voy a hacer una gestión… esas horas son mías.

Viki– Eso le digo a Guillermo, por lo menos pensar en mis hijos, a veces no tengo tiempo de pensar en nada, sabes, porque estoy ocupada todo el día, no tengo tiempo de sacarme las cejas, ni de limarme las uñas, porque a las 23h que voy a mi habitación a ducharme estoy muerta. Yo creo que yo resisto un trabajo bien duro, sí lo puedo resistir, pero si yo supiera que está bien pagado, que estoy enviando dinero, que estoy cumpliendo mi meta… Me agobia pensar que pasan los días, los meses, y que no cumplo con lo que yo quiero. Mando prácticamente el sueldo entero a Ecuador, el de Guillermo y el mío, lo gastamos todo en mis hijos y el resto es para pagar algo que tenemos que pagar, alguna deuda… Quiero buscar otro trabajo, éste me mata, desde las 8 de la mañana hasta las 12 de la noche, yo no tengo la fuerza suficiente como para estar desde las ocho hasta las doce y volverme a levantar al otro día a las ocho. Pero para buscar trabajo, necesito un móvil, para poder poner el número en el anuncio, y no puedo, no puedo ni comprarme un puto móvil, sabes…

Luego hay cosas, como lo de la comida, un día dice Guillermo que mi jefe lo encontró merendando con el viejito y que le cambió la cara. Yo creo que esta gente prefiere que se pierdan las cosas a que la comamos nosotros. A veces hay frutas que se pierden, porque yo no como, te lo digo sinceramente, desde que Guillermo esta allí conmigo, estoy comiendo muy mal, fatal, porque no me quiero sentir mal por muchas cosas… A la señora la escuché un día: «es que voy a ponerle candado a la nevera y a la despensa», pero yo no soy de las que andan comiendo galleta a cada rato, a mí lo que me gusta es comer mi comida y tomarme un postre y ya. Como normal, sabes… otro día, ella dice «ya se terminó tal cosa», con un tono que te hace sentir mal… Se quejan, pero luego un día se tiraron tres bandejas de ravioli, bueno, se tiran las frutas, los quesos de Burgos, cosas que yo no me las como porque son de ellos… Otra de las cosas que me incomodan es que ellos, si yo estoy cenando, se dan una vuelta a decirme «hola, Viki, ¿cómo estás?», pero a lo que van es a mirarme lo que estoy comiendo.

Yo le digo a Guillermo que no lo voy a resistir, a veces pienso que ya no puedo más, te lo juro que ese día viernes que me fui a Barcelona, nos fuimos al centro comercial para que se nos haga el tiempo, Guillermo se compró un bañador, porque no tenía, y yo me fui a comprar las primeras tres braguitas que me compro en el tiempo que estoy aquí, sabes, siempre he tenido las braguitas viejas que traje de mi país. Y nos pasamos por ahí, en el centro comercial, nos tomamos un café, Guillermo se tomó una cerveza, y te lo juro que ese día me sentía con un cansancio, un estrés…Te lo juro que en esta semana que tenemos, me sentía que me dolía el cerebro, te juro que tenía miedo, y el corazón me latía como...

Ismucané– El corazón es donde te tragas todo…

P– Y tú, Ismucané, ¿qué condiciones has tenido en los trabajos que has hecho aquí?

Ismucané– Bueno, he estado en mucho trabajos… en el primero, cuando recién llegué, estaba de 8 a 20:30, sin descanso. Me daban quince minutos para comer sólo, porque la bruja esa con la que trabajaba me hacía una lista de lo que tenía que hacer de una hora a otra. Tenía a mi cargo a una niña de tres años, la tenía que llevar a la guardería a las 9 y recogerla a las 16:30. Pero esa niña era más bruja que su madre, porque sabía bien quién mandaba y que yo no era nadie allí. Te cuento como anécdota que una vez, duchándola, me tiró el agua fuera de la bañera y me dijo «¡limpia!».

De este trabajo salí porque ella me envió a limpiar las ventanas de fuera, un onceavo piso, estando con un catarro fortísimo. Al llegar a España, yo escuché comentarios de que, a veces, cuando tú te salías sin haber cumplido el mes, no te pagaban. Entonces a esta señora yo le pedí que me pagara cada 15 días, diciendo que tenía que enviar dinero a mi país. Cuando pasó lo de las ventanas, justo había cumplido 15 días del segundo mes. Así que le dije que no a lo de las ventanas, porque no estaba convenido y yo tenía catarro. Ella me dijo que la que mandaba era ella y yo tenía que hacer lo que dijera. Así que yo le dije: «ah, espere un momento», me cambié de ropa y le dije que hasta ese día trabajaba. Y me marché.

De ahí estuve haciendo montón de entrevistas. Me conecté con una amiga que conocí en Ecuador, que trabaja en el hospital San Rafael y es trabajadora social. Estuve trabajando con dos personas mayores, la primera es francesa y la internaron porque tuvo un problema de la tensión. La cuidé ganando 70 euros diarios, de 9 a 21h. Me pagaban la comida, las condiciones eran buenas y el trato con ellos hasta muy bueno. De ahí fui 12 días a su casa, pagándome el mismo sueldo. Pero estas personas en ningún momento se aprovecharon de mí, eso de que porque esté cuidando a su madre, tuviera que hacer limpieza de la casa o cosas parecidas. Y lo que es la limpieza de caca y pis y el baño en la cama, no tenía problema, porque ellos no escatimaban los recursos de utilizar lo que fuera

necesario: pañales, toallas, guantes, barreños, esponjas… lo que necesitara. La comida era la misma comida de ellos, la nevera abierta. Y eso que yo era una desconocida para ellos, pero dejaban abierta toda su casa, no como otras personas. Es una de las experiencias buenas en trabajo que puedo contar. De allí, la internaron en una residencia, porque en su condición era imposible tenerla en casa,: no se la podía atender de la mejor forma por su peso. Y seguí buscando trabajo.

En el mismo hospital había una señora con infarto cerebral: el diagnóstico era que le quedaba un mes de vida. Me fui a trabajar en casa de ellos. El horario de trabajo era de 9 a 14h y me pagaban 85.000 pts., incluído los 5 euros para el bono transporte. Cabe mencionar que estas familias nunca habían tenido a nadie para cuidar a una persona mayor, estaban limpios de la explotación y la humillación a otras personas que se hacen en un trabajo. Cada persona busca abaratar y explotar más, pero ellos, como era la primera vez, estaban limpios en ese aspecto y no tenían tampoco esa información de fuera que digan «no pagues tanto» y «trata así». Yo creo que eso influye. Trabajé con ellos 4 meses y, claro, con 85.000 pts. no podía sobrevivir. En este tiempo ya no vivía con españoles, tenía que pagar una habitación… Busqué algo por las tardes, hice montón de contactos y no conseguí nada.

La habitación me costaba 20.000 pts. fuera de los gastos y la persona dueña del piso era ecuatoriana y no nos tenía ninguna consideración. Al principio, nos dijo que íbamos a estar puras chicas y, antes de salirnos, metió a una persona extraña. Nos ubicó en una habitación a cuatro personas, dos en litera y las otras en una cama de matrimonio que era de ella. Bueno, hay más cosas de allí para contar, pero el tiempo es corto y mejor continúo.

De ahí, como no conseguía nada por la tarde, decidí irme interna, porque económicamente no me compensaba lo poco que ganaba. Hice las entrevistas y lo que había eran condiciones muy difíciles: mucho trabajo, poco sueldo y nada de seguridad. Entonces hice una entrevista con una persona que me pareció razonable, que tiene mucho dinero y no le importaba. De todas las entrevistas que había hecho fue la que me ofreció más dinero y como yo quería ganar más dinero para regresar más pronto con mis hijos, me decidí. El primero de julio entré a trabajar de interna y las condiciones de trabajo eran cuidar a tres niños y directamente me dijo que en el trabajo de la casa no tenía que hacer nada, que había dos personas que hacían la limpieza. Me iban a pagar 110.000 pts. y yo le solicité que me pagara la seguridad social, le dije que en los trabajos anteriores me la pagaban, aunque no estuviera legal, que eran 20.000 pts.. Entonces, mi sueldo era 130.000 pts.. Yo encantada y entré a trabajar. Yo trabajaba con una rusa y una rumana y esta última tenía problemas conmigo. Al final, la rumana se salió y yo le dije a la señora que podía hacer más trabajo, que quería hacerlo y lo necesitaba. Me subió a 150.000 pts. más la seguridad social, o sea, 170.000 pts., y cogí las tareas de la rumana.

O más tareas, porque las tareas fueron subiendo. Le comentaba a Viki en algún momento que cuando tú estás en una casa permanente, eres una mujer de hogar que ha trabajado duro para obtener sus cosas y, en algún momento, no te quita nada poner una lavadora o alguna otra cosa que no esté en el marco de las obligaciones que te corresponden en el trabajo. Y tú lo haces en ese momento porque lo puedes hacer, pero en un trabajo, si tú haces algo diferente y tu jefe lo ve, se hace una ley, ya tienes que hacerlo siempre, no porque te apetece sino por obligación, y eso no va incluído en el sueldo o en una mejor consideración.

El trato en esta casa no era bueno, pero tampoco malo, porque hay otras condiciones peores. Lo que pasa es que cuando tú trabajas de interna, se creen que tú les perteneces. Yo trabajaba hasta 16 horas, aunque no era un trabajo físico fuerte, pero de todas formas era un trabajo y me tenían disponible allí todo el tiempo que yo estaba. El niño mayor era muy difícil, entonces yo ponía en servicio mi preparación, mi paciencia, hasta un poco el sentido de madre, porque en ese momento tú eres tierna, les enseñas, pero eso no lo toman en consideración ninguno de ellos. Te pagan por el trabajo físico que haces; el intelectual o el hecho de que cumplas el papel de madre en ese momento, cuando ellos no están, no lo toman en consideración…

En un momento determinado, cierto sábado, cuando ya tenía 11 meses, ella se levantó de mal carácter, estaba embarazada y esa noche tuvo problemas con su marido, lo que no era habitual. Me pagó en cheque y se fue a la fiesta de fin de curso de su hijo. Yo necesitaba en efectivo y la única sucursal cercana estaba en Sol y cerraban a la una. Así que salí. Pero ellos al parecer tuvieron algún inconveniente y llegaron antes que yo. Cuando volví, me dijo de una mala manera que no me daría permiso para salir a cobrar cheques. Le respondi, por lógica, que entonces tenía que pagarme en efectivo. Eso la disgustó más todavía y me dijo que no me daría permiso para nada de nada. Yo le contesté que tenía que darme permiso para arreglar mis papeles, porque andaba en ello para poder ver a mis hijos. Ella me dijo que entonces necesitaba otro trabajo. Entonces yo le dije que muy bien, que hasta ese día trabajaba con ella. Yo creo que ella no se imaginaba que yo me iba a ir, me pagaban bien .Cualquier persona en las condiciones que estamos aquí se hubiera aguantado cualquier humillación, pero yo no. Yo sé que ella me necesitaba y que con su dinero puede pagar lo que quiere, pero no puede comprar a las personas y no puede comprar a una persona como yo. Entonces me salí. Cierto que en ese momento no lo pensé, porque quizás si lo pienso, a seis meses, con las cosas que estoy pasando actualmente, quizás me hubiera aguantado, porque con ese sueldo pagaría mi deuda y podría regresar con mis hijos sin deuda. En cambio, ahora, en las condiciones en las que estoy, ganando menos, haciendo entrevistas sin parar... Claro, porque al estar 11 meses de interna en una casa, es como que te desconectas de la realidad, y cuando vuelves a la calle, te encuentras desubicada totalmente, con condiciones degradantes, abusos, desinformación… Las mismas organizaciones que en algún momento te ayudaban a buscar trabajo son las encargadas de machacarte: te obligan a una sumisión total, a aceptar sueldos miserables…

Al salir de de esa casa, me di cuenta que la situación laboral ha cambiado para peor, sueldos bajos, no para seres humanos normales sino para esclavos, sin estabilidad… Nos ponen una mordaza y asumimos esta situación porque no tenemos otra alternativa. Pienso que tenemos que hacer algo, porque el mezquinar la comida, tenerte horas infintas de trabajo, el que ellos tienen derecho a hacer siesta y tú no, ellos sienten cansancio haciendo un trabajo intelectual por horas, pero tú lo sientes haciendo un trabajo que es físico, intelectual y afectivo, y todos los días tienes que renovarte tú misma, no sólo de humillaciones, sino de sentimientos… Dicen «nosotros te damos un trato familiar», pero llevas uniforme, comes en la cocina, no tienes derecho al teléfono, porque si alguien te llama, aunque te pasen la llamada, están mirando cuando hablas. Los niños te gritan porque ellos son más autoridad que tú, o sea no pintas nada. Nosotros tenemos capacidad de dar mucho, de adaptarnos, por nuestra misma situación. Pero eso no se considera…

Últimamente he realizado trabajos eventuales. Uno con una señora que tenía una escayola y según ella desciende de una familia con mucho dinero, con alcurnia, descendientes de reyes y no sé qué, o sea una princesa que se casó con un plebeyo, un chófer, y eso lo lleva muy mal. Eran los que pagaban más de todas las entrevistas que hice: 700 euros después de negociar, porque al principio me querían pagar menos. Todas las anteriores pagaban 85.000 pts., o sea 510 euros, interna. Algunos pisos eran pequeños, pero en dos o tres meses se cruzaban a chalets de las Rozas o de Majadahonda. Y, claro, tenían para pagar un piso o un chalet en un lugar de esos, pero no podían pagar 100.000 ó 120.000 pts. por un trabajo de limpieza en esa magnitud. Me encontraba entre la espada y la pared, tenía que decidirme por algún trabajo, necesitaba dinero. Realmente, no me parece justo lo poco que ganamos aquí, porque antes de venirme, vendí lo que tenía, a precios de regalo, y luego regreso después de dos años fuera, machacada, más vieja y más cansada. Con cosas buenas también, porque he vivido otras cosas aparte del trabajo. Pero como que no justifica llegar con las manos vacías.

Bueno, con esta señora aparentemente bien todo, pero luego la señora era fanática de la limpieza. Claro, cuando la limpieza no la haces tú, sino los demás, cómo no me va a gustar la limpieza, que esté muy reluciente todo, pero si te toca hacerla a tí, ya es otra cosa. Y luego, con eso de que me pagaba 700 euros, la señora quería que yo trabajara muy duro, muy limpio, muy fuerte, a mucha velocidad, como si me estuviera pagando una fortuna…Siempre me regateaba el sueldo, era un agobio psicológico, diciendo «es que yo te quisiera tener aquí, pero no te puedo pagar ese sueldo, porque mi pensión no me da para más». Pero claro, lo que no decía es que además de la pensión de ella, de 85.000 pts., tenía la pensión de su marido, un piso en Calpe de tres habitaciones enormes, dos plazas de garaje en Calpe, un piso en el barrio Salamanca, una plaza de garaje en el barrio Salamanca, fincas heredadas de su madre de no sé cuántas hectáreas en Guadalajara y fincas de la herencia de su padre en Cuenca, bonos en bancos, ahorros… Claro, y de colmo la mayor parte del tiempo vivía diciendo «es que tú cobras mucho». A ella le parecía mucho, trabajando todos los días durísimo…

P– ***Además de cuidar familias aquí, cuidáis a vuestras familias en Ecuador ¿cómo lo hacéis?***

Viki– Bueno, mi dinero va directamente para mis hijos, para sus gastos, para pagar las pensiones del colegio, pago de agua, luz y teléfono, para eso, y lo que me queda para pagar lo que debo, algo que debo, para eso va mi dinero. Luego llamo todos los domingos por regla. De repente, si tengo algo que preguntarles, qué hicieron con el dinero, algo que tengan que hacer ellos allá, casi siempre es los domingos que hablamos con ellos.

Ismucané– Yo, realmente, en mi familia estamos muy unidos. Desde aquí dirijo un poco la vida de mis hijos, la de mis padres y mis hermanos. Mi opinión ha pesado en la vida de ellos y le han dado importancia. Hago llamadas por teléfono a montón, me gasto un dineral en llamadas. Porque yo he podido comprobar que llamar una vez cada cuanto tiempo hace como te vayas aislando y enfriando los sentimientos, te vas desinformando de las personas que quieres, como que

no sabes y mis hijos para mí son lo más importante de mi vida. Yo quiero que en algún momento puedan enfrentar esta vida tan dura y lo hagan sintiéndose que son capaces y que luchan por lo que ellos quieren y que aunque los golpee la vida no se sientan derrotados. Y trato de hacer todo lo que esté a mi alcance para comunicarme con ellos, a pesar que a veces voy en contra de mis posibilidades, pues mis recursos no me dan para hacer esos gastos de teléfono. Pero lo hago. Necesito darles algunas recomendaciones, ver cómo están, que sepan que los sigo queriendo y que, aunque esté muy lejos, saben que cuentan conmigo. Con mis padres igual. Por eso me voy en diciembre a verles, ellos cuentan con ello. A lo mejor me voy ilegal y quizá eso sea un fallo grande, después de haber sufrido tanto tiempo, irme sin papeles y con una condición en Ecuador muy difícil.

Pero a veces, también, te soy sincera que viendo tanta mierda, y disculpa que emplee esta palabra, pero me parece así, digo «¿valdrá la pena venir aquí?». Porque son unas condiciones de trabajo tremendas, de abuso total, y con el último altercado que tuve en la embajada ecuatoriana… Es lo más frustrante, que la gente mismo de tu país no te informe, te trate como a lo último. Son despiadados.

Entonces, intento hacer lo que puedo por comunicarme con mi familia. La prueba está en la cantidad de tarjetas que tengo acumuladas. Trato que esa distancia que hay entre mis hijos y yo no sea demasiado grande. Yo sé que les hago mucha falta. Aquí nosotros vivimos cosas nuevas, duras y también bonitas, porque he tenido la oportunidad de conocer amigos maravillosos como ustedes y tener experiencias estupendas. Pero mis hijos no. Ellos me tenían a mí, aunque estuviera su padre, pero poco caso les hace. Yo era en ese momento esa parte importante en su vida, que les daba seguridad, que veía las necesidades que tenían, pues yo les conocía y cualquier cosa que necesitaban me la podían pedir libremente. La poca información que recibo por el teléfono es mínima en relación a lo que ellos están viviendo, y me siento a veces como un gusano y trato de llamar más. Aunque, al hacer eso, lo que estoy haciendo es enriquecer a Telefónica. Quizás también caemos en tratar de tapar el vacío afectivo con cosas materiales: me cuido mucho de eso, pero tambien caigo.

Y, bueno, aquí sigo luchando, mañana no tengo trabajo, así que tengo que seguir la lucha, a ver a dónde me voy. Como tengo el día de regreso a mi país y ahora puedo vivir en casa de un amigo español, no voy a trabajar de interna, lucharé por buscar algo externa y trabajar lo más que pueda, y dar guerra lo máximo.

P– ***¿Cómo creéis que se puede dar guerra? ¿Creéis que hay vías para cambiar la situación?***

Ismucané– Yo quiero en algún momento investigar en qué condiciones estaríamos si reclamáramos nuestros derechos en la embajada: el derecho a estar informados y a recibir un trato digno, a que nos cuenten los problemas que hay al estar indocumentados, etc. Hay que parar esta situación de humillación a nuestra propia gente, y ellos se están beneficiando. Otras son las ONG's, que cada vez están buscando condiciones de mayor sumisión. ¿Qué hacen todas estas instituciones que son creadas para ayudarnos? ¿Qué exigen para mejorar nuestra situación? Y nosotros, indocumentados ¿qué podemos hacer? Tampoco podemos callar, porque eso sería aceptar toda esa serie de cosas y podrían venir cosas peores. Cuando hacemos público nuestro descontento ante

determinada condiciones, estamos aportando también a que los demás no se callen. Pero, claro, una cosa es protestar cuando tengo un lugar donde dormir, comida, si no tengo trabajo, y otra diferente cuando tienes deudas, tienes que pagar un piso, comida… las personas así tienen que aceptar condiciones muy desagradables por la necesidad de sobrevivir ellos y su familia.

Lo mejor sería informarnos bien de nuestra situación laboral y legalidad en este país, luego hacerla extensiva mediante boletines, teniendo como apoyos abogados que nos den asesoría legal y puedan tramitar cualquier situación anómala. Crear un lugar donde poder recibir ayuda legal, ampliar información, dar contactos de trabajo, etc. Los boletines los distribuiríamos en el metro, en los locutorios, seríamos las encargadas de extenderlos… Además, podríamos tener un teléfono de ayuda ante cualquier situación de abuso o de urgencia.

Viki– Yo quisiera hacer algo, pero ahora estoy peor, al trabajar con mi pareja internos. No podemos dejar de trabajar un mes, aunque quisiéramos, porque mis hijos necesitan de ese dinero para comer…

Ismucané– Yo, antes de concluir, quiero añadir que los momentos desagradables y esas experiencias duras que hemos vivido, no son nada comparado con el sufrimiento de la gran mayoría. Hemos tenido la suerte de encontrar gente amiga, que nos apoyara y permitirnos vivir, experimentar cosas nuevas y sentirnos útiles.

Al filo de lo imposible

Charla con una *chainworker* nómada

…Nuestra entrevistada es una vieja compañera de batallas y algarabías varias. Nacida en la costa, pero nómada y superviviente nata. Chainworker *deambulante: de provincia en provincia, de encuesta en encuesta, de cadena en cadena. Ésta es la primera vez que charlamos juntas con grabadora de por medio…*

P– ***Descríbeme el pueblo de dónde vienes…***

R– Es un pueblo en expansión por su cercanía a una capital, de aproximadamente 2.000 habitantes. La mayoría de la gente subsistía a través de la huerta y el transporte de fruta y verdura, y toda la gente más o menos seguía la misma trayectoria. Ahora la gente de las nuevas generaciones estaba estudiando formación profesional, pero aún así la trayectoria estaba muy marcada, sobre todo siendo chica: podías estudiar, pero se esperaba que te casaras y bueno, aunque no vivieras en el pueblo, sí se esperaba que te quedaras en un pueblo de la zona (porque era un lugar donde la gente, sobre todo las mujeres, se solían casar con hombres de pueblos vecinos). Era como un cerco, un círculo. La mayoría de los hombres seguían también la trayectoria del campo y el transporte y luego había mucha FP, mucho mecánico, y, no sé, también tiendas. No se puede decir que hubiera una posibilidad de proyección muy variada. Toda la gente que yo conocía, la gran mayoría, pero sobre todo los chicos, dejaban de estudiar pronto y se ponían a trabajar, muchos en el negocio de sus padres. Un poco la gente que más desmarcada puede estar, ahora, de ese destino preestablecido, es la gente que ha elegido, bajo cualquier excusa, viajar. Yo allí me sentía como atrapada, asfixiada.

Mi madre y mi padre habían seguido una trayectoria «ascendente» desde el campo a una tienda de ultramarinos y luego a un pequeño bar restaurante que era lo que actualmente les estaba aportando beneficios: este camino había sido puro sudor, trabajo, trabajo y trabajo. Trabajo. Una media, quizás tirando por lo alto, de unas 12-14 horas diarias. Mi madre tuvo esa jornada desde que era pequeña, desde los trece o así. Ella nunca había salido de su aldea, sólo merodeaba por el pueblo que estaba justo en las afueras y allí conoció a mi padre, su primer y único novio. Ese pueblo sería cuna de mi nacimiento y empuje violento de mi salida a otros mundos. Mis padres se casaron muy jóvenes, a los 19 años, sin ningún recurso. Vivieron en una casa que les prestaron y no tenían nada. Todo lo que recuerdo de mis padres es trabajo. No tengo ningún tipo de recuerdo

que no sea el de ellos trabajando. Y no tuve ningún tipo de relación familiar, aunque por el contrario sí mucho cariño y afecto indirecto. Iba a la playa con los padres de otras amigas y por ejemplo mi madre sólo llegó a ir una vez a verme jugar al balonmano, que era mi gran pasión. Sin embargo, nunca me faltó de nada y tenía una sensación de seguridad que me envolvía en mil capas… El único tiempo que pasábamos en común eran las vacaciones: 15 días de agosto, normalmente mi padre cogía el coche y subíamos hacia Francia por el Valle de Arán. Todo eso era tan bonito… y ésa era la única relación familiar que existía. El resto lo recuerdo con mi madre, cansada, que a veces veía la tele y yo probaba a interaccionar, con esas cosas de «he aprendido cómo se dice rojo en inglés». Pero no era que no me quisieran, porque todo su esfuerzo era exclusivamente para mí: me daban lo mejor. Preescolar y EGB los hice en un colegio en otro pueblo cercano, un colegio concertado, y luego BUP y COU en el CEU San Pablo. Aunque ellos lo de los estudios lo veían como aquello de «el saber no ocupa lugar»: luego esperaban que me casase, tuviese una familia y llevara bien la casa. En ese aspecto, mis padres son muy chapados a la antigua. También querían que estudiase para que tuviese herramientas y me insistían mucho en que «el futuro está muy mal» (¡cuánta razón tenían...!) y que había que tener una buena estructura, que en este caso era la familia, tener un trabajo y no hacer daño a nadie. Creo que a pesar de no coincidir en prácticamente ninguno de sus planteamientos, un buen adjetivo que definiría a mis padres es la bondad, el buen corazón adaptado a un entorno corrosivo.

A los 13 años tuve la primera crisis que recuerdo, de esas de llorar y no poder explicar el porqué. Le dije a mi madre que no veía el sentido de la vida y me dijo «el sentido es trabajar y trabajar». Eso me dejó marcada. Claro que este episodio tuvo lugar en un escenario de cama rosa y cortinas rosas de flores allá donde miraras...

P– ***¿Cuándo empezaste a pensar en salir de tu pueblo?***

R– Cuando cumplí los 16 años, tuve mi primer contacto con otra realidad más allá del pueblo. Fue de forma muy curiosa: a través de Radio Klara (una radio libre de Valencia). Una amiga del CEU me dijo que había una emisora pirata en la que decían muchas palabrotas. Vamos, que fue muy al azar. Empecé a escuchar Radio Klara y me abrió todo un mundo: liberación animal, okupación… Yo había vivido en mi casa, viendo la tele, leyendo la *Muy Interesante* y novelas de Julio Verne que nunca acababa pero que estaban muy bien encuadernadas. Y al escuchar los programas de radio se me abrió un mundo nuevo. De ahí empezó un distanciamiento con mis padres. Sentía un abismo que era imposible deshacer, por cómo veía a mis padres, cómo pensaban y también por una imposibilidad mía de comunicarme, eso lo veo ahora con el tiempo. Luego a los 17, 18 años, empecé a encerrarme cada vez más de cara a mis padres y empecé a ir a un centro social okupado en Valencia, El Kasal. No iba mucho, y cuando lo hacia era mera usuaria, pero el contacto con otra gente y otros ambientes me fue llenando de gasolina los motores de arranque.

Ese distanciamiento y esa incomunicación hizo que rompiera muy radicalmente: cuando cumplí los 18 años, me fui. Antes, con 17 años, me quedaron dos asignaturas pendientes de COU y las hice a través del INBAD y a la vez busqué trabajo y encontré uno en la capital. Era un trabajo de

encuestas en el que duré 11 meses: el típico trabajo que luego he hecho muchas veces, que dije que nunca volvería a hacer. Trabajaba de 9 a 17h y cobraba un sueldo de 2.000 pesetas al día, que no es nada. Luego estaba lo típico de los *pluses* si llegas a tantas encuestas, o sea que al final siempre subía, pero el sueldo base eran 2.000 e incluso había días que si no llegabas al mínimo (14 encuestas) no te pagaban nada, con lo cual perdías el dinero invertido en transporte y la comida ese día. Lo positivo de este primer trabajo, una vía para entrar en el mundo laboral, fue que era la única posibilidad, contando con mi nivel de madurez de aquel entonces, de empezar a construir una autonomía frente a la red familiar, con gente más mayor que yo, con otras experiencias, con sueños propios... Fue un enganche: al principio empiezas por el dinero, luego ves que ese dinero no vale la pena, pero sigues, porque te has creado un círculo de amistades con el que compartir tus miserias. El salario que ganaba iba íntegro a mi casa y si yo necesitaba algo, lo pedía y me lo compraban, a ese nivel nunca he tenido problemas. Pero muchas veces mi madre me preguntaba «¿qué tipo de trabajo es ése que trabajando un mes, ganas esto?», porque, claro, yo de mi casa salía a las 8 y llegaba a las 18h y el sueldo era mínimo. De los 11 meses que trabajé, pasé uno en Murcia y otro en Palma, que fue cuando gané más, porque te pagaban dietas y alojamiento. En uno de esos viajes y en uno de esos desafortunados y pactados deslices heterosexuales, perdí mi virginidad.

Ese trabajo me dio muchas dotes para relacionarme, porque era un trabajo a puerta fría: tienes que ir llamando casa por casa, haciendo lo que en principio era una encuesta de estudio, que en realidad era una estrategia de venta de una empresa de informática, que buscaba perfiles de gente a la que le pudiera colar un curso de informática muy caro, que debía ser bastante pésimo. Y el curro era ameno y cansado, aprendías a engañar, a ser amable, a falsificar firmas y fechas de nacimiento, a rentabilizar el tiempo llamando al telefonillo del cuarto piso porque si no estaban te ahorrabas subir.

También supuso para mí un contacto con el exterior del pueblo, que me llenó de fuerza para salir de allí. Cuando estás en un pueblo, la comunicación no pasa de lo cotidiano, de lo local, te sientes como aislada, y una vez que sales, ya es muy difícil volver. Así que, como decía, cuando cumplí los 18, decidí irme. Las cosas en casa se habían saturado, mi distanciamiento se había hecho abismal, mi ropa y mis pensamientos empezaban a delatarme y mi madre me exigió que no viera a cierta gente, que no me vistiera de cierta forma y que fuera una chica normal. Me fui tres veces en total y a la tercera ya no volví. Las dos primeras veces volví porque mi madre me dijo que mi padre estaba enfermo y también que las cosas iban a cambiar, que yo podía seguir pensando como quisiera. Porque a mi madre, como había vivido todo el franquismo, le asustaba mucho cómo pensaba yo, es decir, le asustaba el mero hecho de que cuestionase y replantease formas de vida preestablecidas. Tampoco es que yo tuviera gran fuerza o capacidad política, pero a mi madre lo que le decía le sonaba a revolucionario y sectario. Y planeaba enviarme a un colegio interna que me alejara de esos contactos que a ella le parecían peligrosos. No sólo era el franquismo, también sus propias experiencias y trayectoria personal hacían que se cerrase por completo a lo desconocido, lo desconocido le desataba todo tipo de paranoias. Sus miedos se convirtieron en terror, su bondad en tiranía para preservar mi futuro dentro de sus necesidades. «Estás en mi casa y tienes que vestirte como yo te digo, ir con la gente que digo y plantearte el futuro como yo te digo. Y si no quieres eso, te vas».

P– ***¿Cómo llegas a Madrid?***

R– Tomé la decisión de ir a Madrid de un día para otro. Las otras dos veces que había salido con intención de no volver las recuerdo poco, porque fueron breves, pero sobre todo recuerdo el choque, el enfrentamiento entre lo que ocurre en la realidad y lo que tienes metido a presión en la cabeza: el miedo es una buena frontera. Mis dos retornos tras las dos primeras huidas fallidas tuvieron que ver, creo, con ese miedo mezclado con el chantaje emocional que me hizo mi madre. En cambio, la tercera vez tuve la suerte de encontrarme con gente que me dio confianza y también una base para empezar una vida nueva que se adecuaba más a lo que yo tenía en la cabeza, que era por aquel entonces un tanto idealista, muy idealista: me imaginaba algo así como salvar el mundo.

El caso es que cuando salí para Madrid, iba con lo puesto, en un estado de ansiedad bastante alto, sin apenas dinero. Yo había conocido a un chico de Madrid, novio de una amiga mía, que me había dicho que tenía un tío que tenía un hotel en el que me podían dar curro. Lo primero que hice cuando llegué aquí fue llamarle, pero nunca logré contactar con él. Tenía además un contacto de una casa okupada, en el barrio de Vallecas. Fui allí, pero, aunque me dejaron quedarme, mi llegada no fue muy bien recibida. Lo típico: era una chica de 18 que se acababa de ir de su casa y a todo el mundo le parecía un marrón tenerme allí.

Inmediatamente lo que hice fue buscar trabajo. Mi primer trabajo consistía en vender unos pasatiempos que, en teoría, eran para ayudar a gente discapacitada, pero que eran un engaño total. Porque el crucigrama creo que costaba 500 pesetas, de ahí yo me llevaba 250, mi jefe de equipo se llevaba algo y luego había otra persona encima que se llevaba algo. Con lo cual, echabas las cuentas y veías que la gente discapacitada no debía oler ni un duro. Pero lo bueno de este trabajo es que te pagaban al día, lo cual para mí fue un salvavidas. Fue un mes bastante terrible, pero tuve mucha suerte: llegué a Lavapiés y fui conociendo a gente, gente maravillosa, que me dio la confianza para creer en mí y tejí una red que me ayudó mucho a desenvolverme y quererme. Yo creo que si no, hubiera acabado volviendo a casa o cortándome las venas.

La casa okupada a la que llegué y en la que viví algún tiempo no era muy agradable: el ambiente era algo decadente, al menos en el piso de la amiga de mi amigo. Creo que arriba la gente tenía otro rollo. Dejé pronto de ser vegeta radical para poder robar en el súper latas de atún, que venían muy bien para una alimentación con un uso limitado de cocina. En aquel entonces, el gas, teniendo en cuenta el estado de mi economía, me parecía un lujo. Vivía (y lo sigo haciendo) muy al día. En el curro éste de las estampitas solidarias no recuerdo bien cuánto sacaba, pero rondaría las dos mil o dos mil quinientas al día.

Pronto me trasladé a Lavapiés, alguien a quien no conocía mucho me dejó su casa durante un par de meses para que, de paso, le cuidara a sus dos gatas. Encontré también un curro en Telepizza: me gustaba (y me sigue gustando) la gorrita roja, aunque nunca he llegado a encontrar una de mi talla. Lo que más recuerdo de ese curro es que estaba en una zona pija, por el Bernabeu, y que cuando me tocaba cierre de tienda tenía que volver andando porque no había metro y era todo un paseito. Estuve currando en el Telepizza cuatro meses y en ese tiempo viví alquilando,

compartiendo con otras cuatro personas que conocí en el Frauen, un bar/asociación de Lavapiés. También en el Frauen descubrí de la existencia de la Karakola, una centro social okupado por y para mujeres, en el que me encontré con mujeres que me marcaron mucho. Mi primer contacto con bolleras tumbó de K.O. mi heteronormatividad.

Al poco, okupé con alguna gente un piso en Lavapiés 19, una casa que estaban desahuciando. A la dueña del piso que okupamos ya le habían dado otra casa, pero aún así nos puso denuncia. Y luego me metí en el proceso del Laboratorio I, un centro social que se okupó en Lavapiés en abril de 1997. El Labo también me marcó mucho, la gente con la que viví se convirtió en una especie de familia y descubrí los procesos colectivos, su fuerza y su flaqueza.

La experiencia Labo fue muy absorbente, me alejé de la Karakola y sus proyectos y me quedé en aquella miniciudad-centro social, en la que funcionaba (más o menos), para alguna gente, la autogestión. Teníamos una cooperativa de comedor popular y también en los conciertos vendíamos bocatas y cosas del estilo. Esto, alternado con trabajos esporádicos, te permitía vivir. Creo, echando una mirada atrás, que mi relación con el mundo laboral se tensa y destensa en relación con mis deseos y esperanzas de convivir en colectivo.

Vivir en colectivo, crear en colectivo, transformar en colectivo, te pone frente al trabajo como mero instrumento de intercambio. Sin embargo, cuando necesitas una estabilidad, una seguridad que dependa sólo de ti, el dinero se convierte en un arma, te ayuda a acumular bienes que te protejan del futuro incierto.

Bueno, quizás existe algo intermedio, que es lo que ando buscando yo, ya no quiero vivir más al día y si para ello he de trabajar asalariadamente, estoy dispuesta a hacerlo, aunque eso tristemente disminuya mi trabajo no asalariado, ése con el que he crecido tanto, desde arreglar tejados a editar películas.

P– ***Poco más tarde empiezas a salir fuera de España a trabajar por temporadas. ¿Cómo fue aquello?***

R– Sí. Después de un año más o menos viviendo nómada y de trabajo basura en trabajo basura, me fui por primera vez a Holanda, con una chica que conocí en la Karakola. Me vino muy bien, porque por esta época de tanto movimiento tuve una crisis en la que todo me explotó en la cabeza. Me debatía entre un ideal que buscaba y una realidad que arrastraba, y eso me desconcertaba. Para cambiar de aires y también porque todos los trabajos que conseguía aquí eran muy inestables y precarios, decidí irme a Utrecht, Holanda. Me acuerdo que fui dos meses, de nuevo viví en un *squat*, eso sí, tenía poco de precario e inestable. Creo que fue la primera vez en mi vida que tuve la posibilidad de ahorrar, pero también por todo el tiempo que le dediqué: trabajaba 9-10 horas diarias en fábricas. Era trabajar y dormir y alguna vuelta en bici…

En las fábricas descubrí otra faceta del mundo: la producción en cadena. A veces se te olvida que las pequeñas cosas que van envasadas, como por ejemplo el pan Bimbo, o las tapas de los bolis, millones de cosas, todavía las siguen haciendo personas a mano. Son 8 horas de un solo movimiento. Yo lo estuve haciendo sólo durante dos meses y lo alternaba con trabajos de limpie-

za, pero veía gente que estaba fija en esas empresas y me parecía muy duro. Además que las empresas en cadena suelen cambiar los horarios, porque como producen 24 horas al día y no pueden tener a una persona trabajando todo un mes entero de noche, te van cambiando los turnos: una semana te toca de mañana, otra de tarde y otra de noche. Con lo cual, la gente está bastante descolocada, con mucha ansiedad, etc. Yo no recuerdo haberlo pasado excesivamente mal, porque a la vez estaba ahorrando. Apenas tenía gastos: no tenía que pagar alquiler y, bueno, con lo de la comida me ayudaba de pequeñas reapropiaciones. Toda mi trayectoria está atravesada de esas reapropiaciones, que permiten elevar la calidad de vida. Los ahorros que conseguí me permitieron, al regresar a Madrid, estar un tiempo viviendo más desahogada.

Me pasé un tiempo yendo y viniendo, de Madrid a Holanda, unas veces en autobús, otras veces en autostop, lo de los aviones todavía salía caro. Trabajé en una fábrica de pan, en una de mayonesa, en otra de piezas de ordenador, limpiando hoteles, fregando platos... Cuando venía aquí a lo mejor tenía algún trabajo esporádico. Uno de ellos fue de esos de encuestas por teléfono. Como te pagaban a la semana y era por campañas, me venía muy bien, porque a lo mejor aquí me pasaba un periodo de un mes, mes y medio, y entonces trabajaba una semana y luego con lo que tenía ahorrado y las reapropiaciones... La flexibilidad es un poco como una arma de doble filo, porque no te das cuenta, como te permite ir tirando, tampoco te preocupas mucho; pero luego ves cómo van pasando los años y no tienes nada, ni derechos acumulados por contrato (paro, seguridad social…), ni ahorros. Lo de los ahorros antes no me parecía algo necesario, pero ahora sí, porque hay millones de cosas que te pueden pasar… y los años pesan.

Más tarde, estuve también en Washington DC. Me fui porque me enamoré y también porque tenía muchas ganas de pisar los *States*: yo he sido gran devoradora de televisión en mis años mozos y me fascina la cultura *yanki* y todo lo que la rodea… Fui con el refuerzo de contar con una casa (la de mi novia, profesora de intercambio) y luego como que allí es fácil encontrar trabajo en negro. Aunque es un trabajo mal pagado en relación con el nivel de vida. En Washington DC estuve seis meses. Trabajé paseando perros y dando clases de castellano a dos madres de un colegio bilingüe (el de mi novia). Ellas no hablaban castellano y querían aprender para ayudar a sus hijas en las tareas. Era un trabajo muy gratificante, porque además a las dos se les daban bien los idiomas, la una sabía ya francés y la otra japonés. Para mí fue la primera vez que, trabajando, aparte de emplear mi tiempo para transformarlo en dinero, o sea, aparte de la recompensa económica, recibía algo grato: ver cómo evolucionaban e iban aprendiendo castellano y cómo eso a la vez era algo que les servían para ayudar a hacer las tareas a sus hijas. Llevo nueve años trabajando y pocas veces he sentido esa satisfacción. Además, estaba muy bien pagado (15 dólares la hora). Yo creo que una de las cosas del mundo de locura que vivimos es que el trabajo, algo a lo que dedicas digamos una media de seis a ocho horas al día, pocas veces repercute en algo más que en el mero movimiento de moneda. Cuando eres pequeña tienes unas expectativas y luego te vas dando cuenta que esas expectativas son totalmente irreales.

En Washington es la única vez que he trabajado sin papeles: es decir, que cruzar el Atlántico me transformaba en una indocumentada, mi cuerpo se hacía ilegal. Viajar a Estados Unidos en calidad de europea te permite vivir por un periodo menor a tres meses sin trabajar. Si ya quieres alguna de las otras dos cosas (vivir más tiempo o trabajar) tienes que iniciar un pedregoso cami-

no burocrático que a mí me denegaron. Cuando paseaba a los chuchos, me imaginaba a veces que si a un policía le daba por pedirme los papeles por la gracia (cosa extraña, gracias a mi piel blanca y mi gorra estilo neoyorkino), podía acabar con una multa de dos mil dólares y una patada en el culo camino a Europa. Hay quienes lo tienen peor y esa vuelta a «casa» les supone la muerte.

La verdad es que he tenido mucha suerte de poder viajar, porque eso me ha dado acceso a distintos puntos de vista. Aunque he estado en situaciones constantes de precariedad, como no tenía grandes gastos, pues lo que ganaba me daba para viajar. Pero si tienes que mantener una casa, una familia o tienes que gastar el dinero que ganas en tu cotidiano, se te cierran las posibilidades y cada vez te vas encajonando más.

P– ***¿Qué tipo de gente encontrabas en estos trabajos temporales y precarios que hacías?***

R– Pues, en el primer trabajo que hice en la costa, todo era gente joven, hombres y mujeres, aunque más mayores que yo. Había quien había terminado de estudiar y no encontraba trabajo, luego había… bueno, había un chico que era el típico, había estado trabajando y ahorrando siempre y ahora buscaba un trabajo que de verdad le aportara dinero: entonces, intentaba ascender, convertirse en jefe de equipo. ¡Lo que son los trabajos piramidales! Por cierto, consiguió ser jefe de equipo.

En los primeros trabajos que tuve en Madrid, en Telepizza y Pizza Hut, pues en la parte de cocina predominaban las mujeres y los hombres estaban más dedicados al reparto. Eran sobre todo estudiantes, que trabajaban los fines de semana para pagarse sus cosas. No recuerdo a gente que tuviera agobio por pagar el alquiler u otras cosas de supervivencia. El sueldo era de unas 500 pesetas la hora.

En Holanda, sentí lo que es ser migrante, lo que es llegar a un país en el que, por el simple hecho de no hablar la lengua, te tratan como si fueras estúpida y en el que te tocan los trabajos que nadie quiere hacer (esto me volvió a pasar en Washington): los trabajos de fábrica, de limpieza de hoteles y casas, la cocina y los platos en bares y restaurantes… Ahí la gente con la que me encontré sí que era más mayor. Me sorprendía realmente, porque yo me sentía un poco cría, tenía unos 19 ó 20 años, pero la gente que trabajaba conmigo estaba a la cabeza de una familia. Era gente mayor y muy cascada, y era duro ver cómo les trataban. El ambiente, cuando trabajaba limpiando hoteles, era mayoritariamente femenino; en las fábricas, en cambio, estaba más mezclado.

En el resto de trabajos que he tenido, siempre he estado con lo que calificaría como «gente joven», aunque en esta última etapa, por ejemplo en el *telemarketing*, sí que me he visto en la tesitura de tener al lado a una señora mayor, a la que le ves que le cuesta muchísimo incorporarse al ritmo con el que te incorporas tú, que en el día a día coges lo que es el trabajo, mientras gente con 40 ó 50 años que no ha tenido relación, por ejemplo, con ordenadores, se ve más apurada.

P– ***Antes decías que en Lavapiés construyes una base de vida colectiva, ¿qué ocurre con esa base? ¿Cuentas con algún tipo de colchón frente a los imprevistos: la enfermedad, los periodos sin trabajo, etc?***

R– Bueno, recién llegada a Madrid no tenía colchón alguno. Entonces, recurría a centros públicos, bueno, caritativos, que te daban comida. Iba a una iglesia que está cerca de los cines Ideal: te daban un desayuno a las 11h que te servía de sustento. Era un desayuno potente. Cuando yo iba, hace ahora cosa de siete años, era todo gente de la calle, la mayoría gente muy desgastada y que vivía en la calle o dormía en otros centros y había mucho alboroto. Era un sitio bastante vivo. Se rumoreaba que echaban tranquilizantes en la leche, para que disminuyesen los percances de las calles. Luego iba también a una iglesia que hay en San Cayetano, donde repartían paquetes de la Cruz Roja. Pero tenías que contar tu historia y presionar mucho para que te concedieran un *pack*, un cupo de comida, o sea, una caja con natillas, arroz, galletas y ese tipo de cosas muy básicas. Me acuerdo de una vez en la que había una mujer gitana que estaba antes que yo. A ella le negaron el paquete, le decían que no quedaba nada y luego me tocó a mí, les conté mi película, me hicieron unas preguntas y al final me dieron el paquete. Cuento esto porque creo que en este tipo de sitios hay bastante racismo.

También, para buscar trabajo, iba a una iglesia evangélica, donde te dejaban el Segundamano, desayunar y hacer tres llamadas. Allí había gente mayor que era como habitual del lugar, que ya conocía bien a la mujer encargada. Yo creo que iban como quien va al médico, como una forma de tener unas relaciones sociales que les son difíciles de encontrar. Todo esto eran iglesias. También había sitios donde coger ropa y mantas y cosas así, usadas la mayoría. En realidad, existe todo un circuito para la gente sin recursos, que es bastante triste y además te genera bastante impotencia. Yo viví un tiempo corto gracias a este circuito, mientras al mismo tiempo me construía esa base de la que te hablaba, en Lavapiés. Las medidas asistencialistas institucionales no son ni siquiera un parche para solventar las situaciones precarias a las que mucha, mucha gente se ve abocada: falta de vivienda, de recursos, de sanidad...

Para mí, la red que logré construir en los espacios okupados de Lavapiés fue la posibilidad de gestionar mi vida no sólo desde la necesidad sino también desde el deseo. Con el paso del tiempo, no sé si por la edad o por las circunstancias, ese colchón se ha ido desmembrando, muchas de las apuestas políticas se han retorcido y caído, aunque de ahí han surgido también las ideas que ahora respiran.

En estos momentos veo cómo mi círculo, lo que ha sido mi círculo estos años, se va difuminando de alguna forma y ya todo el mundo está pensando más en buscar algún tipo de estabilidad. Pero el problema de la estabilidad es que requiere una casa con alquiler y, tal como está la situación urbanística, eso significa una casa con pocas habitaciones, lo cual impide convivir con mucha gente distinta, como sucede en los edificios okupados.

Yo misma ahora me veo también en la tesitura de necesitar un trabajo que me permita ahorrar y pensar en alquilar, pero ese paso va a ser muy duro, porque si ya ganas poco, encima tener que dedicar un porcentaje muy alto del sueldo al alquiler… es casi impensable. Pero ya te digo que este cambio no es sólo mío, sino que es más de conjunto. Mi sensación es que la parte del movimiento de okupación en la que yo me movía se ha ido como desvaneciendo, por un cúmulo de cosas.

P– ***Te has cambiado mil veces de trabajo y has buscado trabajo otras tantas veces ¿cómo eran esas búsquedas de trabajo?***

R– De los curros te enteras por contactos, amigos, el periódico, sobre todo el Segundamano. Luego, yo creo que cuando tienes entre 18 y 22 años echas solicitudes en sitios como Telepizza o Pizza Hut y te suelen coger muy rápido. Ahora, con 26, he vuelto a echar una solicitud en un Telepizza (casi por interés sociológico, a ver qué ocurría) y, efectivamente, no me han llamado. Los procesos que cada vez me sorprenden más son las entrevistas de trabajo. Ahí noto una evolución, con el paso de los años: de las típicas entrevistas en las que te hacían preguntas básicas de tu currículum y experiencia, a las entrevistas de trabajo actuales, llevadas a cabo por el departamento de recursos humanos, que en la mayoría de los casos son entrevistas masivas, en las que te hacen test psicotécnicos o psicológicos.

Los procesos de buscar trabajo son duros. Son procesos igual de dos semanas o mucho más, yo creo que entre dos semanas y tres meses, puede variar, pero todo ese tiempo tienes que estar a disposición de quien oferta el trabajo, que si «ven ahora», que si «ahora no», que si «ven la semana que viene, a tal hora», y luego perder allí dos o tres horas y estar a expensas de que te llamen, porque no sabes si te han cogido hasta que te llaman. Es algo muy deshumanizado. No sólo la entrevista, claro, también el trabajo posterior. Yo creo que, aparte de la precariedad, otra característica de los trabajos ahora es la deshumanización. Tengo un montón de anécdotas al respecto.

Una vez, una colega y yo fuimos a una de esas entrevistas. Nos planteaban un juego de roll: un atentado terrorista. Te dividen en dos grupos: el primero tiene que defender que se condene a los terroristas a pena de muerte y el segundo tiene que defender que se les absuelva. Y luego a la inversa: si acababas de defender la pena de muerte, a continuación tenías que ser ferviente abolicionista. Con eso veían tu capacidad de defender lo que te digan con convicción: da igual que estés diciendo todo lo contrario de lo que piensas, pero tienes que saber desenvolverte con los objetivos de la empresa. De esta empresa concretamente, eran clientes muchas empresas, desde Amena, creo, a alguna de estas instituciones públicas que subcontratan el servicio de atención a mujeres maltratadas. Hace poco estuve de nuevo en otra entrevista de esta misma empresa, en la misma terracita, con otro grupo de gente. El juego de roll se había suavizado: ahora se debatía entre transporte público y transporte privado.

Después de los trabajos iniciales de limpieza, camarera o Telepizza y demás trabajos de hostelería en cadena, empecé a especializarme en el *telemarketing* y en las encuestas telefónicas. En los trabajos de *telemarketing* tienes cierta flexibilidad, muchas empresas en las que trabajar, campañas cortas y, por supuesto, toda la inestabilidad del mundo. Algo característico de estos trabajos es que te hacen poner una parte de ti que no es mecánica: todo lo que es tu psicología, tus afectos, tu forma de relacionarte, de comunicarte (todo eso tienes que ponerlo en práctica). Y eso a mí me permitía salirme de los trabajos mecánicos, de ser una pieza dentro de una cadena, o sea, que para mí es bueno, porque me hace desarrollar esas capacidades. Vamos, que voy a trabajar y no tengo que hacer todo el rato lo mismo. Y a la vez es cierto que estás en una posición muy dura, que estás mintiendo, que sueles engañar a la gente… Pero, visto el panorama laboral, pudiendo elegir, elijo algo en lo que mi mente tenga que generar algún tipo de información, manipularla, deformarla… Estos

trabajos siempre te lo tomas como un rol, como que tú estas ahí trabajando, eres un personaje: eres la supermaja-buen rollo o eres la borde que te cagas, y vas jugando un poco con eso.

P– ***¿Y qué crees que saca de ti la empresa en este tipo de trabajos?***

R– Yo creo que todo, que lo que busca es principalmente que tengas esa capacidad de dar de ti mucho más de lo que te podrían pedir por escrito: saber aguantar cuando te gritan, saber dar una buena imagen de la empresa… normalmente, en la mayoría de los sitios, tienen un curso de formación, donde más que formarte en cuanto al producto o en cuanto al trabajo que tienes que realizar, te enseñan a valorar a la empresa y te dicen cómo hacer para que la empresa nunca salga perdiendo. Me acuerdo de un trabajo que tuve de televenta de productos de limpieza. Consistía en vender productos de tipo industrial, pero tú llamabas, por ejemplo, a una señora de una tienda y le contabas una mentira como, por ejemplo, que tu empresa acaba de pasar el no-sé-qué de calidad y que estabas llamando a todos los clientes (ella jamás ha sido clienta) para dar las gracias por su confianza y que le ibas a enviar un regalo, y que ya de paso ibas a actualizar su ficha comercial y de ahí, le colabas el producto. Eso era lo que te enseñaban en el curso de formación: salías con la capacidad de hacerle el lío a la gente. Y eso se hace duro, tener que estar ahí, con la señora, sabiendo que le estás vendiendo cualquier chorrada y que la pobre te lo compra por las frases que le dices, que las tienes escritas y están muy pensadas.

Yo creo que la empresa es muy avispada y hace un filtro con las entrevistas de trabajo, con el tiempo que te tiene en espera y con los cursos de formación, un filtro de aguante, de paciencia (porque cualquier persona que tenga dignidad no aguanta un curso de formación no pagado de cinco días tras el cual te pueden denegar el trabajo). También los días de trabajo de prueba son una forma de filtraje: te ponen al límite en cuanto a competitividad, creando unas dinámicas de grupo bastante deplorables. Por ejemplo, en este trabajo de televenta de productos de limpieza, hasta que no vendías tres tandas de productos, no podías fumar un cigarro y luego, por las mañanas, a las que habían vendido a las 11h les daban un bollo. Y, claro, si tú no habías vendido, veías a la gente comiéndose un *croissant* y tú pensando «¡joder! hoy no he vendido nada».

Eso también pasaba en el Telepizza. Una época yo cogía los pedidos, en teoría no hay nada de televenta, tú sólo escuchas y apuntas el pedido. Pero si te piden una pizza pequeña, tienes que convencerle que mejor una mediana. Entonces, a la que más vendía le regalaban un viaje. Con ese tipo de cosas te meten en una dinámica a la que, por mucho que tú tengas tus ideas y tu cabeza en su sitio, al final no te puedes resistir: caes en esa dinámica y en esa competitividad la que vende mucho es la que te cae mal.

En el trabajo de televenta de productos de limpieza hacían también otra cosa muy curiosa, que era ponerte por equipos, mezclando nuevas y antiguas, y hacer como un parchís. Ibas avanzando según vendías y quien llegaba al centro, ganaba una suma de 90 euros. Esto generaba grandes tensiones entre las vendedoras saladas y las vendedoras amargas. Una amiga y yo, como estudio, empezamos a hacer entrevistas grabadas en vídeo sobre ese curro y sobre este tipo de dinámicas…

La verdad es que me imagino mi futuro laboral y es triste. Lo que a mí me gusta, que es el vídeo, es un panorama laboral difícil. Es un mundo bastante cerrado y se tienen que confabular toda una serie de cosas para que te surja un trabajo. Con esto del vídeo empecé en el Labo. Una de las veces que yo estaba en Holanda, un grupo de gente amiga del Laboratorio II empezó a hacer cosas con vídeo, en principio entrevistas y un documental sobre El Ejido. Al volver a Madrid, me metí en el grupo. A mí siempre me habían gustado los rollos de música y de imagen. Era como una inquietud y, luego, cuando me metí más en serio, me gustó mucho. Y fui aprendiendo. Lo del grupo fue posible gracias a que colectivizamos recursos, a que creamos una infraestructura en común, porque por otra parte todo el mundo estábamos trabajando en otras cosas. Es una vocación que ha durado y que ha evolucionado también.

Pero la realidad laboral en la que me veo en estos momentos es la de vestirme bien para ir a una entrevista y tragarme uno de esos trabajo de telealgo (de hecho, ahora mismo estoy buscando trabajo). Eso es lo que me espera en un futuro reciente, ya lo tengo asumido. Eso sí, intentando desarrollar a la vez lo del vídeo, o sea que en un futuro sí que no quiero seguir así.

P– ***¿Has vivido alguna vez un conflicto en el puesto de trabajo?***

R– No me han solido echar de trabajos, pero sí me he ido muchas veces. El primer curro del que me fui fue el de Telepizza, porque me detuvieron durante una manifestación: no pude ir durante dos días y entonces ya no me renovaron el contrato. Luego, en el curro de televenta de productos de limpieza, estaba muy quemada y seguía yendo sólo porque tenía un sueldo fijo y aunque no hiciera nada me pagaban. Había tomado la decisión de estar allí sin esforzarme mucho y cobrar el sueldo que no era alto, pero era mejor que nada. Sin embargo, al poco tiempo me saturé de las tensiones y, un buen día, por una cosa tonta, cogí y me fui.

Y, bueno, respecto a los conflictos… yo creo que no puedes hacer gran cosa, porque, ya en el momento en que empiezas a trabajar, asumes una serie de cosas… Los conflictos los llevas sobre todo fuera, cuando llegas a tu casa, sales con la gente… Muchas veces toda esa energía super negativa la quemas, yo que sé, en el metro incluso. Mi recuerdo de ir a trabajar es ir en el metro, con toda la gente, cuando entras a horas punta, y estar de muy mal humor. Si intentas organizar un conflicto, te eliminan, te barren. Por eso me ha sorprendido mucho la experiencia de Qualytel[1]: por mi experiencia en el *telemarketing* me parece increíble que se haya podido generar un marco que permita pedir unos mínimos. Me sorprende y me alegra. Mi experiencia ha sido que te quejas, «no te preocupes que hay veinte personas esperando a ocupar tu trabajo».

Lo que producen estos contratos basura es que puedas estar rodando de trabajo en trabajo, trabajos que además no tienen por qué tener ningún tipo de relación entre sí y en los que tú misma te ves sacando cosas de ti que jamás pensarías que tienes. Yo he estado desde haciendo un *casting* en el que tenía que cantar hasta yendo por las calles disfrazada de torera, cantando también, para hacer publicidad de un bar (por cierto yo canto fatal); he llegado incluso a bailar en una carroza el día del orgullo *gay* (contratada) y a hacer de *babysitter*. Nunca me hubiera imaginado cuidando a un monstruo de tres años que te tira del pelo y llora histérico. Ése es uno de esos trabajos en los que el afecto se delimita mucho, como lo que hablábamos con el *telemarketing*, que te hacen poner en

1 Véase «Sin el mute: relato de una deriva con teleoperadoras rebeldes», en este mismo libro, pp. 111.

práctica o en funcionamiento cualidades del afecto y la comunicación, pero a la vez te las delimitan, con lo cual es muy curioso, porque cuando cuidas a un niño ¿hasta qué punto puedes estar diciéndole cosas que tú le dirías a cualquier niño? Porque es un trabajo y tienes que delimitar lo que dices, lo que piensas y cómo lo haces…

P– ***Nos has hablado mucho de precariedad ¿cómo la definirías?***

R– Es un estado al que estás abocada por todo lo que hay alrededor. Es lo que más te acerca al miedo, a la soledad. Es un estado en el que vivimos y con el que tenemos un tira y afloja constante, en el que, si pierdes un poco, te puedes ver en la nada. Por eso te digo que es muy importante enmarcar esa precariedad en todo un proceso de vida, que tiene que ir paralelo. Desde mi punto de vista, yo tengo mucha suerte de poder tener unos apoyos que me ayudan a no hundirme en esa precariedad así, a pelo. La precariedad es como un abismo mecánico, un vivir día a día que no te permite llevar a cabo muchas cosas que te salen dentro, muchas inquietudes. La precariedad te restringe mucho y te asfixia un poco.

P– ***¿Cuál es tu huelga?***

R– Mi huelga es abajo el trabajo, ja, ja… Tal como lo vivo ahora es, en ese tira y afloja, ir creando en los momentos de «afloja» algo que te haga no depender de los flujos normales.

La verdad es que lo de la huelga para mí siempre ha sido una de esas cosas que se leen, pero fuera de mis posibilidades. Ahora, no sé, con estos nuevos contactos y también con los procesos que se han vivido últimamente, como lo de Sintel, empiezo a verlo de manera diferente.

La huelga de hoy quizá pasaría por organizarse desde la precariedad, pero el peligro que tiene la precariedad es que no te permite organizarte, que te corta muchos lazos, que te individualiza tanto que no ves que tu situación sea colectiva y que se podría sacar a la luz. Quizá mi huelga pasaría por intentar colectivizar la precariedad, para que eso sea la base de algo, no sabría muy bien el qué, porque a lo que te enfrentas es algo muy grande...

P– ***¿Y tu guerra? ¿Cuál es tu guerra?***

R– Romper la lógica del mercado y todas esas habilidades que canalizan las cualidades de la gente en una productividad mercantil, aprender a canalizarlas para imaginar otra forma de producción.

O, si no, conseguir almohadillas individuales.[2]

Madrid, julio 2003.

[2] *Ibid.*

De la atención primaria a la asistencia precaria

Una entrevista con trabajadoras del cuidado en el ámbito público

Mari Paz nos guió en una de nuestras derivas precarias por la trastienda de la enfermería social: suplencias de ambulatorio masificado, trabajo basura para una subcontrata en lo social, formación, pseudovoluntariado… En ella, nos habló con entusiasmo del trabajo de su madre, Gloria, con la que ha cooperado y reflexionado a lo largo de su recorrido existencial de hija y enfermera. Gloria es trabajadora social, exiliada chilena, madre y muchas más cosas. Sus saberes, construidos en un diálogo intergeneracional, a caballo entre lo social, el cuidado y la salud, entre quienes comenzaron a trabajar en un esquema laboral estable durante el desarrollo de los servicios públicos y quienes se incoporaron más tarde, en un régimen de recorte, inseguridad y flexibilidad, nos ponen sobre la pista de cómo se está resolviendo, en lo público, la crisis de los cuidados. Nos encontramos en varias ocasiones y estos son fragmentos de lo que allí se dijo.

Primer encuentro

Gloria– ¿Que cómo llegué a este trabajo? Yo creo que las profesiones siempre tienen que ver con la vida de una, cómo vive, si haces un papel protector en la familia, si necesitas seguir protegiendo. Entonces elegí una carrera de ayuda directa como es el Trabajo Social. Y tienes también, en tu juventud, modelos de otras trabajadoras sociales. Te gustaba lo que hacían, cómo conectaban, cómo conectaban contigo. Desde esta carrera, desde esta profesión, puedes ser, como dice un amigo, una ursulina. Puedes no cuestionarte toda la miseria en la que trabajas, no cuestionarte nada de la situación de precariedad de la gente a todos los niveles o bien planteártela desde otro lugar, un poco más desde la transformación. Y decir ¿qué está pasando aquí con este sistema que provoca tantas situaciones de privación social importante? ¿Y cómo tú también estás siendo un instrumento de ese sistema para contener todo eso? El otro día me encontré con una trabajadora social muy graciosa que me decía: «yo tengo que revelarle a la gente lo que es la realidad, pero yo ya paso de contarles». «Yo a usted la atiendo muy bien, me ponen aquí muy guapa, los servicios públicos, pero, en el fondo, para decirle que no tienen derecho a nada porque las ayudas que se dan son una miseria, no están dentro de una planificación de la protección social digna».

Entonces elegí esto. Yo creo que tiene que ver con eso, con tu historia familiar, con la necesidad de ayudar. Luego ya te trabajas a ti misma. Cómo desligarte de esa función en tu familia, porque no te corresponde. Cada uno forja su vida desde el lugar que ha podido, y no puedes tú ejercer el papel de madre, de vigilante. Primero porque te carga mucho, no es tu responsabilidad y, segundo, porque la gente deposita muchas cosas en ti que tú no puedes dar, que no es tu función, eres una hija más. Entonces recolocas esa función y la desplazas a un ámbito más público y trabajas desde ahí.

P– ***Decías también que incluso dentro del ámbito público es difícil muchas veces separarlo de lo personal, cómo hacer para que no te toque…***

Gloria– Yo creo que nosotros aquí en el ámbito de la salud tenemos bastante espacio para poder trabajar desde la concepción que tú tienes, aunque con las limitaciones que tiene el sistema de salud. Si no, yo me hundiría en la miseria, porque no podría trabajar en otros ámbitos en los que se trabaja únicamente repartiendo recursos concretos, tangibles, instrumentales, de apoyo, pero no desde una mirada dirigida a un proceso de cambio.

Mari Paz– De acompañamiento.

Gloria– De acompañamiento, pero desde lo socioterapéutico, desde un proceso de crecimiento de la gente…

Mari Paz– Pero, tú eso si lo has hecho aquí…

Gloria– Claro, acá nosotros lo podemos hacer porque nosotros no tenemos los instrumentos, ni los recursos. Derivamos a recursos y los recursos son, básicamente, nuestros instrumentos técnicos, profesionales, nuestra formación. Pero lo que hacemos, sobre todo, es trabajar con la gente, desarrollar ese proceso.

P– ***Pero entonces, asumís esa parte del trabajo desde el ámbito sanitario, no tanto desde el trabajo social…***

Gloria– Yo hago trabajo social en salud. Nosotras básicamente estamos atentas a todas las situaciones sociales que, de alguna manera, degeneran en una situación de enfermedad, de malestar psicofísico y vemos cómo trabajar eso con las personas. O al

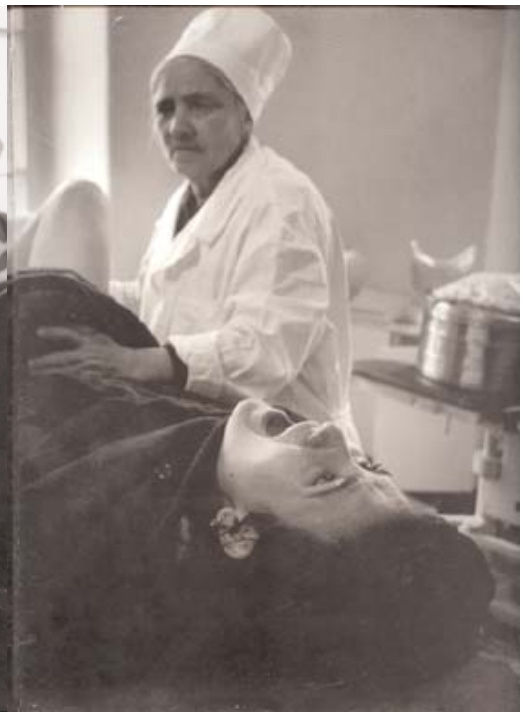
revés, hay una problemática de salud que va condicionando la vida social, emocional, afectiva de la gente ¿no? Entonces, ahí entra nuestro trabajo. Y si necesitan un apoyo instrumental, como tú puedes necesitar una medicación, entonces derivas a esa persona. En esa institución hacemos el papel del médico de familia, que tiene instrumentos suficientes como para diagnosticar y hay cosas que las trata él o ella y otras cosas que las deriva a la gente especializada para completar el diagnóstico, es lo mismo que hacemos nosotros.

Mari Paz– Pero en lo social.

Gloria– En lo sociosanitario, como se dice mucho ahora.

P– ***¿Se integra bien lo social y lo sanitario?***

Gloria– Pues cada vez más.



Mari Paz– ¡Qué dices, mamá! (*risas*) Tú acuérdate cuando vienes de las reuniones con la gente de trabajo social del área 11.

Gloria– Hay gente muy valiosa y otra gente que se está quedado anclada en esa concepción del trabajo social más administrativa, más burocrática, si tú quieres, más tecnócrata. Pero hay otra gente que sigue en la búsqueda. Hay gente muy formada y muy inquieta, incluso el otro día hablábamos con unas colegas a raíz de este anuncio de ayuda para familias, para personas que cuidan a personas mayores que no tienen ingresos, hablamos desde un cuestionamiento del sistema económico y sanitario. Te das cuenta que son parches, que no están inscritos en ningún programa que tenga un proceso y una finalidad sino que son parches puntuales, electoralistas, del momento. Con ellas reflexionábamos sobre esta situación y cómo a nosotras nos ponen al frente de toda esa información y de todo ese asesoramiento, y tú tienes que contarle a la gente las limitaciones que tiene. Queremos crear un grupo de reflexión y de análisis, y también de denuncia si es necesario.

P– ***¿Y qué limitaciones estás viendo?***

Gloria– Tú sabes que hace unos años se impulsó mucho la integración de lo biopsicosocial y lo sociosanitario, entendido desde la coordinación de los distintos organismos sociales y de salud, para que hubiera una conexión más cercana y efectiva. Ahora el sistema está dando la vuelta en sentido contrario, hay un retroceso más biologicista, más individualista.

Yo entré en la salud cuando se inició el proyecto de atención primaria. Los centros de salud y la atención primaria era el primer escalafón, el primer nivel de acceso, la puerta de entrada al sistema de salud. La atención primaria es lo más conectado a la realidad de la gente. Por eso los centros de salud se abrieron para dar servicio a unos 20.000 habitantes. La finalidad era que resolvieran la necesidad de esa población. En esa época, la filosofía giraba en torno a la cercanía. Se nos instaba a que hiciéramos un diagnóstico poblacional para ver un poco cuáles eran las necesidades, los problemas de salud y no trabajáramos con la estadística nacional, sino más bien desde el sector y pudiéramos enfatizar no sólo lo asistencial sino lo preventivo. Trabajar con la población supuestamente sana, que ésta se implicara en la salud de su zona y que no mirara la salud como algo individual sino como algo que tiene que ver con una forma de vida, con las relaciones vecinales, con una forma de consumo, con un sistema económico, con el modo en el que se está conformado el barrio, cómo se relaciona con los profesionales. Las relaciones se estructuraban más desde la horizontalidad que desde la verticalidad o la jerarquía. «Vosotros que sois de la zona… la salud es algo vuestro, nosotros estamos aquí para colaborar». Intercambiamos saberes, las vivencias de cómo la gente concibe su propia salud. Desde ahí la concepción de la atención primaria era integral. La salud no es algo exclusivamente físico, biológico, sino que tiene que ver con las emociones, con la forma de vida, con mis relaciones. A las trabajadoras sociales nos incorporaron para que pudiéramos dar esa óptica de lo social a la enfermedad o a la salud.

P– ***¿De qué época hablamos?***

Gloria– Hablamos de 1984, más o menos de cuando el PSOE gana las elecciones. A mí me tocó trabajar cerca de Guadalajara y fuimos uno de los centros pioneros, y la verdad es que tuvimos experiencias muy vanguardistas, muy interesantes, desde esa visión y luego ya, en la última época del PSOE, yo no sé si tú escuchaste el informe abril, pues debe ser de… Martorel, no sé. Ya en esa etapa del PSOE, con su centralismo, no sé cómo llamarlo, empezaron ya en Europa y en Estado Unidos. En EEUU nunca ha funcionado la atención primaria, pero se fueron introduciendo elementos más economicistas en el área de la salud. Se abortó el proyecto de atención primaria, se dieron recursos, pero no los suficientes. Se echaron a andar todos los centros de salud, pero toda la filosofía de fondo y todo lo que suponía en apoyos económicos, profesionales, instrumentales, se fue recortando y empezó a proliferar un criterio más economicista, que en esa época no consistía en privatizar la salud, pero sí en incorporar más el elemento privado…

Mari Paz– O introducir los elementos de gestión privada en el sistema público…

Gloria– Empezaron a meter la idea de la gestión, como si antes no se gestionara nada. Pero se hizo desde la gestión del derecho privado, desde un cambio en los conceptos del servicio publico hacia los de empresa. Se introdujo la competitividad. Ya no eres un equipo, ya funcionas por separado y tienes que rendir individualmente, tener una productividad, una forma de organización diferente. Lo mío ha cambiado mucho porque nosotros [trabajadoras sociales] estábamos integrados en un centro de salud, al final, no era rentable ¿Cómo iban a tener a una trabajadora social por centro de salud? Pensaron entonces que debíamos estar en los servicios sociales y no en salud. No podían eliminarnos de pronto, entonces ¿qué hicieron? Pues convertir las unidades de trabajo en unidades de apoyo. Nosotras, las matronas, las fisios, los psicólogos y tal, empezamos a convertirnos en unidad de apoyo y esto significa que apoyamos a los equipos médicos y a las enfermeras en los centros, pero no apoyamos a uno sino a varios equipos y apoyar a varios equipos supone a varios centros. Antes yo trabajaba en un sólo centro con un sólo equipo integrado. Ahora yo apoyo a tres equipos en distintos centros en el área 11, en el distrito de Usera, Orcasur, Orcasitas y Sofía. Ahí tienes a toda esa población y piensan que, bueno, ahora ahí sí que podemos trabajar. Yo creo que hubo un desconocimiento absoluto de lo que podíamos hacer y de lo que hacemos y, por otra parte, está el cuestionamiento de que no tenemos que estar en salud sino que tendríamos que estar en lo social, estrictamente en lo social.

P– ***¿Cuál es la idea de esa separación, quiero decir, cómo se pueden escindir dos ámbitos tan entrelazados?***

Gloria– La idea era volver a una idea más biologizada de la salud. He leído algunas cosas que dicen que la atención primaria ha fracasado, que es preciso un modelo sanitario que no tenga tanto gasto, que sea más eficaz, más eficiente, con una gestión privada, con incentivos. Si tengo una visión más biologizada no necesito tanto apoyo de lo psicosocial.

P– ***Sin embargo parece extraño, porque cada vez se oye más eso de lo personal en la salud, el crecimiento personal, el autoconocimiento, la autorrealización, el autocuidado…***

Mari Paz– Yo creo que todo el movimiento biopsicosocial empieza en las décadas de 1960 y 1970 a nivel mundial como parte de la Organización Mundial de la Salud. Eran unos proyectos preciosos, tú lo ves ahora y son proyectos que están a años luz de lo que realmente estamos haciendo en estos momentos. Con esa idea se trabajó en atención primaria.

Gloria– La atención primaria surge a partir del fracaso de un sistema biologicista. Yo vengo de Chile y allí se estaba poniendo en funcionamiento todo lo que era la atención primaria, cercana a la gente, mucho más barata, con instrumentos mucho más accesibles. Era mucho más barato

trabajar con los propios recursos de la gente. Y trabajaba también a partir de la concepción y la forma que tenía la gente de cuidarse, de curarse. En el Tercer Mundo, había proyectos muy interesantes de promotores de la salud donde se formaba gente de la zona, de los barrios, de las zonas rurales para que fueran agentes de salud en su propia zona y trabajaran codo a codo con los profesionales, con los técnicos. La atención primaria surge de una crisis mundial. En ese momento, se populariza el gran eslogan «salud para todos en el año 2000». En España no había cobertura sanitaria para la población, solamente la tenía la gente que cotizaba, los demás vivían de la beneficencia, y así se empezó a plantear una universalización del sistema, que fuera igualitario, justo, accesible a toda la gente, no discriminatorio por la condición de trabajador o desempleado. Además incluía otros conceptos.

Pero el objetivo del año 2000 no se cumplió, no hubo salud para todos. A partir de la década de 1980, aquí empezaron a implantar la atención primaria. Yo ya la había visto en Chile en la época de estudiante. Cuando llegué aquí, yo ya había visto todo lo relativo a los reconocimientos preventivos, la atención a la embarazada, el apoyo alimenticio a la embarazada… Yo tenía 24 años, cuando me embaracé de Mari Paz. Los proyectos de salud comunitaria los hacíamos en la Universidad junto a estudiantes de medicina, de obstetricia y otros. Hacíamos proyectos interesantes en esa época. Claro, cuando yo vine aquí, eso era un *boom* que yo ya había experimentado, incluido el desarrollo de los anticonceptivos. En Chile era muy habitual, una vez que parías, inmediatamente, la matrona empezaba a trabajar contigo, las visitas domiciliarias de las matronas para ver cómo estabas en casa, cómo ibas funcionando. Hacían un trabajo de mucha contención ante la situación de angustia de la primeriza y, a parte de examinarte y ver cómo estabas, te preguntaban cómo dabas de amamantar, cómo te sentías, si tenías alguna duda los primeros ocho días que volvías a casa. Todo eso allí era habitual. Yo vengo aquí en el año 1978 y aquí todavía eso no se vivía porque ni siquiera tenía cobertura el 100% de la población española.

El modelo se traslada entonces a los países desarrollados. Se había producido un aumento del gasto sanitario y las condiciones de salud no mejoraban. Empieza a verse que los grandes problemas de salud no se solucionan con la alta tecnología. Problemas de salud que aparentemente habían desaparecido o que tienen que ver con malas condiciones sociales o de vida. No bien empiezan a desaparecer empiezan a emerger de nuevo. De ahí se empieza a cuestionar un modelo de alta tecnología a la que sólo puede acceder una minoría y no resuelve los problemas de la mayoría. Entonces se implanta la educación para la salud y todo eso, lo de trabajar con la población, entregarle instrumentos de reflexión y devolverle el primer estadio de la salud que es el autocuidado. La primera parte de los 80 fue muy interesante.

P– ***Vinculada también al movimiento vecinal, al movimiento feminista y a una crítica hacia las instituciones…***

Mari Paz– A muchas redes que se estaban creando…

P– ***Estamos hablando de un sistema que según vosotras está más integrado en los circuitos y las redes locales y es más economico y sin embargo, ahora una de las argumentaciones que se utiliza, es que es muy caro…***

Gloria– El trabajo de promoción no fue una apuesta. Yo creo que se convirtió en voluntarismo de la gente que creía en el modelo y todavía seguimos siendo voluntarias. En mi centro, si yo te contara, hacemos cantidad de actividades de educación para la salud, pero si una de nosotras deja de hacerlo nadie lo asume, nadie tiene la obligación. En cambio tú tienes la obligación de trabajar la atención, la consulta individual, la asistencia. Pero lo otro no, ahora todo está basado en la entrevista individual, en la asistencia.

Mari Paz– También yo creo que ahora hay un cambio de parámetros en la medición de lo que es válido y lo que no, porque ahora el tiempo vale dinero y una educación para la salud te cuesta tiempo sanitario y los resultados son a medio y largo plazo. Es el capitalismo en la salud.

Gloria– Es el número de personas que atiendes, el resultado no importa. La gente siente que trabaja mucho y se siente desbordada cuando atiende a mucha gente y no se da cuenta de que eso es una mala calidad en la atención. Las trabajadoras sociales tienen unos tiempos diferentes. Se nos juzga y se nos critica porque atendemos a muy poca gente y no estamos dentro de los criterios estadísticos de lo sanitario y resulta que, repasando mi caso, repasando los anuarios de memorias de servicios sociales, que están desbordados, me doy cuenta de que atiendo tanto o más que una trabajadora social de servicios sociales y no manejo recursos directos. ¿Qué hago con la gente? ¿Me la como o la mando toda a servicios sociales? Y yo no mando ni el 7%, no derivo a la gente a servicios sociales.

P– ***Además de las experiencias de atención primaria de las que habláis y del retroceso hacia un modelo biologicista y economicista, hay otra serie de reflexiones sobre el control o gestión de la población en la fase neoliberal. Un control indirecto, una via de entrada en lo privado…***

Gloria– En la atención primaria hay un riesgo de concepción porque, vamos a ver, si yo trabajo con la gente en la promoción de la salud, yo me tengo que ubicar de una forma diferente. ¿Qué hago con el poder como sociosanitaria? El poder de decisión tiene que tenerlo la gente. Se supone que la promoción de la salud es rescatar las formas de vida y salud de la gente, descubrir con ella algunas, cambiar otras, yo entrego el poder al otro.

Mari Paz– Eso es el empoderamiento

Gloria– Claro, en cambio el sistema de salud se apodera desde siempre de la gente, tú pierdes identidad cuando entras en el sistema de salud, pierdes capacidad de decisión, pierdes todo. En cambio, en la atención primaria, era como devolverte esa capacidad a ti como miembro de un grupo, no como algo individual. Entonces ¿qué paso? Que se fue transformando, y el riesgo es que la educación para la salud se convierta en un elemento sancionador y de control. O sea, yo te educo individualmente, te digo lo que tienes que hacer y te sanciono por la conducta, por los hábitos que no son saludables. De ahí la culpabilidad, la individualización de la salud y, si nos descuidamos, la sanción. Por ejemplo, toda persona que fume, que asuma los riesgos. Tú tienes que gestionar y pagar esos riesgos accesorios.

Mira, en Chile tenemos ese modelo de una manera muy descarada porque teníamos un buen sistema nacional de salud, con mucha posibilidades de ir profundizando y mejorando, somos uno de los países con más experiencia y con una literatura de atención primaria que es la que se estudia aquí. Pues ahora el Estado te cubre ciertos niveles básicos, pero lo demás, lo tienes que pagar y asumir tú. Es la ruina personal, el que sobrevive y vive es el que tiene dinero.

Segundo encuentro

Hablamos del Consejo de Salud, un órgano de participación, al que se ha vaciado de contenido. De algunos procesos de salud comunitaria y de movilización en los que participó Gloria durante la década de 1980. Hablamos de los problemas de cuidado y atención más acuciantes…

[…]

Gloria– Tiene que ver con la sensibilidad social, con saber que un Consejo bien formado tiene un peso y una capacidad de movilización. Cuando ves que estás resolviendo cosas, te vas entusiasmando. Estas mujeres [*se refiere a una experiencia reivindicativa desde las «usuarias»*], cuando lograron la consulta, cuando vieron que se les escuchaba… se reunieron con el gerente, vieron la posibilidad, vieron que podían hacer y movilizar… Tienes que generar todo un sistema de organización donde se vayan abordando todos los problemas más urgentes. Hay problemas que son importantes, pero no son urgentes. Entonces tienes que trabajar con la gente para priorizar, pero eso es un trabajo lento y lo vas abordando, y crea mucha ansiedad y la gente quiere todo ya y tienes que decir, vale, los problemas más urgentes de este barrio son, digamos, los ancianos, que son de vida o muerte, que tiene que ver con una situación de desatención absoluta. Y así, vas trabajando. En vez de trabajarlo en forma individual con la trabajadora social del centro de salud y conectar con la familia aparte, conectas también con otra gente que vive en el barrio…

P– ***En el caso de los ancianos, además, existe la visión de que son inútiles, no se promociona tampoco otra perspectiva de participación para la gente mayor…***

Gloria– Aquí hay un centro de mayores, se podría trabajar con ellos para que estén representados en el Consejo. El Consejo agrupa a todos los colectivos como entidad, no es como en la asociación de vecinos que se diluye el tejido social. La asociación de vecinos también participa en el Consejo como entidad, aunque la gente que vaya, forme parte de un grupo y esté en la asociación de vecinos. Entonces, vas confluyendo y vas poco a poco creando y reivindicando. Al principio, empiezas por lo pequeño, normalmente la gente centraliza la relación con los centros de salud. Entonces diría: lo primero que hay que hacer es cambiar este centro, es inhumano, pues nada, pues lo cambian. Trabajas para recibir impresiones, ¿qué podemos hacer nosotros? ¿Qué puede hacer la administración? Y empiezas a trabajar

P– ***Pero para eso hace falta gente muy especial***

Gloria– Estamos hablando de un método de trabajo con los ancianos. Eso está estudiado; el desarrollo comunitario en países del Tercer Mundo con pocos recursos…

P– ***Pero si no hay recursos…***

Gloria– Tampoco puedes poner el acento en que si no hay recursos no podemos organizar actividades comunitarias.

P– ***Pero no es lo mismo vivir en una ciudad que en el campo, no es lo mismo vivir en un barrio como Lavapiés que en otro de la periferia. Tal y como está estructurada la ciudad hacen falta recursos, porque las familias ya no viven juntas…***

Gloria– Pero de eso se trata, porque hay cosas que las tienes que organizar tú y otras tienes que presionar para conseguirlas y hacer que el sistema político tenga que comprometerse en crear más recursos y si los que hay no son insuficientes, que se repartan. Pero te digo, este modelo de desarrollo comunitario no surge en los países desarrollados, surgió de la gente que tenía pocos recursos, allí donde la política económica no garantizaba el bienestar de los ciudadanos…

P– ***Vamos, que tan importante son los recursos como los sujetos…***

Gloria– Por eso la etapa previa es creer que la unión hace la fuerza. Que las personas luchen por lograr su derecho a vivir mejor, a que se invierta en su barrio, porque dinero hay si la tarta se reparte de forma diferente. Yo le explicaba a la gente que no es problema de presupuestos, de dinero. Si usted tiene una tarta en su casa y va a celebrar un cumpleaños, usted para repartirla, si quiere que alcance para todos o priorizar, depende de cómo la parta. Si usted al glotón le da la mitad de la tarta, pues mire, sólo se va a beneficiar uno y no todos. ¿A quién le doy priori-

dad? Eso depende de la ideología que uno tenga.Yo creo que me tengo que proteger, como lo hace la política del PP, e invertir en seguridad, pues invierto en seguridad, en defensa, etc. Y no gasto en otras cosas.

P– ***¿Cuál dirías que es la tendencia en el ámbito de la salud?***

Gloria– Pues la privatización. Que los centros de salud, los hospitales, atiendan al público pero regentados por gestoras privadas.

P– ***Y con el trabajo social ¿qué es lo que está sucediendo con la aparición de las ONGs?***

Gloria– A medida que la política se vuelve más neoliberal y conservadora, más importancia tienen las ONGs. Porque el Estado empieza a desvincularse de su papel de protección social y de garantizar la igualdad entre los ciudadanos, y las ONGs van cubriendo ese vacío. Yo tengo mucho miedo con las ONGs, yo prefiero un colectivo insertado en el barrio que trabaje en el barrio, que sea parte del tejido social del barrio y no que vengan desde fuera a solucionarnos los problemas. Cuanto menor es el intervencionismo del Estado en la protección social de los ciudadanos en términos de igualdad e invirtiendo, por ejemplo en los centros de salud, más se priorizan otras cosas, y no es casualidad. Todo menos apostar por la enseñanza pública, que haya grupos de apoyo, profesores autóctonos para ayudar a la integración de los chicos, que no haya clases tan masificadas, que no se vayan los chicos españoles y haya una mayor integración. Para eso hay que poner medios y no ir delegando funciones en las ONGs.

P– ***¿Tú tienes en tu trabajo contacto con ONGs?***

Gloria– Muy poco. Y las ONGs sí que tienen subvenciones, contratan profesionales, pero desde la precariedad, porque no pagan lo que tienen que pagar. Tienen que controlar el gasto y tienen que prestar más servicios de los que pueden**.** Por ejemplo, el tema de la droga ha sido de una precariedad absoluta, son contratas…

Mari Paz– En la Rosilla hubo un punto impresionante de mafias dentro del propio centro, o sea, que era la risa. Por ejemplo, en el Plan contra la Droga, todas las instituciones que están trabajando, que funcionan con contratas, son la hostia y hay como una especie de mafia interna de grupos de contratas que presentan proyectos y que ¡qué curioso! a ésta le dan 8 este año y lleva 5 años cada vez ganando más, y está el primo y el hermano de no sé cual, y que encima, claro, todo lo que se quita de inversión, porque el proyecto que le dan es el más barato, se lo quitan del sueldo de los profesionales para que les quede una ganancia.

Ahora, por ejemplo, todo el ámbito de trabajo de calle, de trabajo de acompañamiento, cuando una persona que acompaña a un chaval de un centro a otro lado haciendo de guía, todo eso se hace con voluntariado o con ONGs. Acompañamiento y luego todo el tema asistencial, todo lo de la prevención terciaria, que es trabajar en los que están enganchados, para la reducción del daño (intercambio de jeringuillas en calle, entrega de preservativos, recogida de jeringuillas usadas, información, educación, las vacunas, incluso centros de noche, centros sanitarios de urgencias) todo eso también lo cubren las ONGs y lo que no cubren ONGs lo cubren empresas de servicios.

Donde yo trabajaba, es curioso cómo va cambiando cada año. Hay un grupo que de repente ves que empieza a ganar puestos y puestos, por ejemplo, este año TRAMA [*empresa de servicios*] se ha llevado mogollón de cosas.

Gloria– Como yo, si hago una subcontrata, yo vendo el servicio, en vez de que te contraten a ti directamente vendo tu fuerza de trabajo al hospital o al centro de salud. Tú haces el trabajo, yo cobro por ti doble, porque yo digo en el presupuesto lo que vales tú, el sueldo lo pongo por lo alto, además, el material de limpieza, las sustituciones, bueno entonces digo, esta persona me sale por 300.000 mil pesetas mensuales con material y todo, y resulta que a ti te pago 60.000 mil pesetas y la diferencia me la quedo. Imagínate lo que deben ganar. Empresas como EULEN, que han cogido todos los ámbitos, una multinacional de servicios.

P– ***Pero hay mucha competencia dentro del mercado de las empresas de servicios…***

Mari Paz– Dicen, a ver, presentadnos proyectos. Es así como funciona. Abrimos plazo para presentar un proyecto de no sé qué, entonces presentan. ¿Quién se lo lleva? El que presente un proyecto más completo con un presupuesto más bajo. FUCAR, el centro donde yo estaba, presentaron mogollón de proyectos. ¿Qué pasa? Que cuando FUCAR lo ganó, la empresa ésta, ALMA-ATA, que fue donde se inició la atención primaria…

Gloria– En el año 78 hubo un encuentro de la OMS donde se promulgó eso de la salud para todos en el 2000 y se hizo el diagnóstico que te contábamos, entonces, ALMA-ATA fue el lugar donde se organizó…

P– ***Pero, la gente sabe lo que está pasando, ¿hay gente que está mosqueada?***

Mari Paz– ¿Sabes lo que pasa? Que no le ponen nombre. Todos estamos quemados y todos estamos a disgusto, todos los estamentos, desde los directivos hasta tal. Falta poner nombre al malestar y situar

el origen, es lo que falla, pero porque nosotros mismos como profesionales hemos perdido el sentido de para qué trabajamos, que es para crear redes sociales. Lo que se dice desde la atención primaria es que tú no puedes solucionar problemas trabajando individualmente con la gente, porque hay problemas que tienen su semilla en la comunidad, en los servicios que hay o que no hay, en las relaciones que hay o que no hay y en la salud que hay en la comunidad. Son problemas que se tienen que solucionar en lo social, mediante decisiones políticas, con movilizaciones, con empoderamiento. ¿Qué pasa? Que nosotros eso mismo no nos lo creemos, que no tenemos claro que el problema tenga un origen social, que sea colectivo. Lo que les pasa a nuestros pacientes nos pasa a nosotros. La gente se queja, pero lo vive a nivel individual, no se agrupa.

Gloria– Se reproduce un análisis unidireccional maniqueo: mis pacientes son unos bordes, unos dependientes, demandan sólo eso y se buscan soluciones mágicas, como la medicación. Yo me siento en medio de una empanada, como en un *sandwich*. En mi administración tengo que reducir gastos y la gente me demanda. No ha calado el modelo de atención primaria.

Está el caso de los hiperfrecuentadores, sobre todo los ancianos, que están solos y somatizan. No les pasa nada en especial pero les pasa de todo…

Mari Paz– Yo tengo una señora que tiene mareos y no le pasa nada, pero tenemos que ir todas las semanas a su casa y no le pasa nada. Y físicamente le acaba pasando porque ella siente los mareos, yo la levanto y tiene los mismos síntomas de una persona que se está mareando. Lo que pasa es que ella no tiene los síntomas: ni la glucemia, ni la tensión ni nada, pero suda frío y la ves con la mirada perdida…

Gloria– No es que no le pase nada, le pasan cosas, pero que no se le pueden resolver desde el sistema sanitario tal como está concebido. Sí tú no tienes una visión más amplia de la salud, no se lo puedes resolver y te jode atenderla. ¡Es un coñazo! Esta señora necesita tener una médico y una enfermera en su domicilio, ¡vaya familia! En vez de decir: ¿qué está pasando con la gente que se siente tan sola, que está demandando servicios sanitarios de forma tan frecuente? ¿Qué le está pasando? Ha de hacerse otra lectura y no medicalizar esa situación y empezar a trabajar juntas. Vamos a ver a esa persona, ver dónde está el problema. Se descarta patología médica importante, se analizan todos los condicionantes, para eso nos contratan a las trabajadoras sociales en los centros de salud, para darle esa lectura. Tú valoras los aspectos psicosociales que rodean a esa persona y con los aspectos médicos analizas cuáles son los que se han de trabajar con esa persona desde una atención más completa.

Mari Paz– Pero es que además está hiperdemostrado científicamente. Es que los países que trabajan desde una perspectiva social disminuyen el estrés, disminuyen la ansiedad.

P– ***¿Qué países están trabajando así?***

Mari Paz– Canadá, por ejemplo. Sri Lanka, Cuba, Israel. En Israel, desde la atención primaria se ha anulado el cáncer de ovario, de ovario y de endometrio; solamente captando mujeres y haciendo educación para la salud. Chile en su época, algunos países de África tenían proyectos de este tipo.

Gloria– Entonces tú eres un recurso de tu comunidad. Luego para resolver esos problemas que no son primarios, que son más secundarios, más terciarios, necesitas otros recursos más especializados, pero tú eres tu propio recurso, tu familia es otro recurso y luego tienes que aprovechar los recursos que tienes dentro de la comunidad, trabajarlos con las autoridades para que haya y hacer una tarea de reivindicación, de presión y de cambio de visión. Por ejemplo, ahí están todas esas experiencias participativas que se hicieron en Brasil con el partido de Lula, con el Partido de los Trabajadores, desde un modelo en el que la gente participa, tiene voz y voto en las decisiones, en la denuncia, en los problemas, en el abordaje de los problemas. Hay cosas que tú, realmente, no puedes resolver y tienes que empezar a contar con los que tienen el poder. Pero yo tengo otro poder, pero me lo tengo que creer.

Mari Paz– Pero les da miedo…

P– ***¿Por qué les da miedo?***

Mari Paz– Porque si eso ocurriera perderían el control total. Si la gente se da cuenta de cómo funcionan las cosas y se pone a autoorganizarse… Mientras la gente sea dependiente tú vas a controlar el tipo de cosas de las que van a depender.

[…]

Gloria– Es un poco lo que se planteó en la época de la Thatcher, que los fumadores no iban a tener cobertura en el sistema. Ése es el riesgo de considerar que lo que pasa es responsabilidad individual. Pero algo está pasando socialmente, porque no puede ser que toda la gente que fuma esté jodida individualmente y necesite depositar en el tabaco sus historias, tiene que haber algo que pasa, toda la gente que está estresada; con el tema de la anorexia; el consumo excesivo de alcohol, que es de las drogas más duras. Entonces se penaliza: usted es responsable, vale, pues usted es responsable, ahora usted, como sabe lo que tiene que hacer y no lo ha logrado, le vamos a penalizar. Te culpabilizan y luego te aterrorizan. La publicidad del tabaco es culpabilizadora, está demonizado, el tabaco mata, el paso siguiente, como mata y usted lo sabía, pues mire, jódase. Una vez yo escuché a un compañero decir eso, fue con lo de los drogatas: «esta gente está ahí porque

quiere, se les tenía que dejar porque luego demandan cantidad de servicios, mire que si tengo el SIDA…». Por esa regla de tres, lo mismo pasa con los fumadores. Aquí tienes muchos compañeros fumadores, se están jodiendo los bronquios...

Mari Paz– Los sanitarios tienen el mayor índice de fumadores de todas las profesiones. Y ahora nosotros, que somos sanitarios y hay mogollón que fuma, utilizamos el mismo discurso…

[…]

P– ***¿Se parecen el trabajo social y la enfermería?***

Gloria– Sí, todo ello va de lo mismo. ¿Quiénes son las enfermeras tradicionalmente? Las monjas. ¿Quiénes son las trabajadoras que dan la comida y organizan la comida? Las monjas y ¿quiénes son la mayoría de las monjas? Mujeres. Vamos, las monjas siempre son mujeres y la mayoría de las cuidadoras son mujeres…

Mari Paz– Dice Ezequiel en uno de sus libros, un amigo nuestro, que todas las profesiones que vienen de la esencia de lo que era ser mujer son profesiones muy aplastadas. Hasta aquí, y no se puede crecer más, no. Y el colectivo se ha creído esa posición. Y nosotros en enfermería uno de los grandes problemas, todavía en el 2003, es el de la profesionalización de la enfermería, la especialización, el que se nos reconozca o se nos haga una licenciatura que es lo normal…

P– ***¿Cuál es el estatuto de la enfermería?***

Mari Paz– Es una diplomatura y no hay especialidad. O sea yo salgo y soy enfermera general y sirvo para una U.C.I., para una ambulancia de urgencias, para un centro de salud o para una residencia de ancianos. Nada que ver, o sea, nada que ver, porque yo, ahora, me meten en un quirófano como enfermera y digo ahahaha…

P– ***Se ha entendido la enfermería como una práctica ¿no?***

Mari Paz– Eso, como un técnico, es que ése es el problema, el del A.T.S., el ayudante técnico sanitario…

Gloria– No ayudas a la gente, ayudas al médico. En Chile era una licenciatura y eran buenísimas. Era dificilísimo sacar la licenciatura en enfermería y además controlaban las plantas ellas. ¿Qué hacían? Contrataban a muchas más enfermeras que médicos; era al revés.

Mari Paz– Claro, ésa es la perspectiva. Pero, tú mira, hay una huelga de enfermeras y se caga la pata abajo la ministra de sanidad porque es el caos. Porque un médico pasa dos veces al día por una planta: una por la mañana y otra por la tarde, pero la planta funciona porque hay tres turnos de enfermería, mañana, tarde y noche; y una enfermera por cada x pacientes y si no está la enfermera toda la mañana pues, tututututu, eso es el caos absoluto…

P– ***¿Y lo de la profesionalización?***

Mari Paz– Nos llenamos la boca con la palabra, pero es un colectivo que como colectivo, es que es lo mismo que antes, no se ha creído la fuerza que tiene. Es que a nosotros mismos nos ha costado mucho reconocer nuestro poder y nuestro valor y, de hecho, todavía nos cuesta. O sea, yo tengo amigas que si un doctor o un cirujano les dice: «¿pero tú que haces? Pareces tonta», se callan, se ponen coloradas, te entran ganas de llorar, pero te quedas así y no dices nada. Y, bueno, tengo otras amigas, Pati, que le dice «pues hágalo usted que sabe tanto». Entonces, se la queda mirando así, imagínate, ella que es una suplente, encima a los anestesistas que son como los dioses, después de los cardiólogos. Y te dicen «voy a llamar a dirección». «Pues llama a dirección, llama». Ninguno ha llamado, sólo uno llamó y ésta se fue a hablar con la supervisora y le dijo: «ese es un gilipollas». No le hicieron ni puto caso. No nos creemos eso de la enfermería. A mí me ha pasado, o sea, de decir... «¿qué le digo a esta tía? ¿La contesto? ¿No?» y tal. Te descoloca y eso lo tenemos mamao. Nos pasa lo mismo. No nos creemos colectivo, no nos creemos nada el poder que tenemos. Si enfermería es uno de los colectivos que menos hace huelga. Hacen huelga los auxiliares y los médicos.

Gloria– La enfermería va a peor con este modelo. Van a dejar una enfermera con tres consultas médicas.

P– ***¿Ahora, cómo es la cosa?***

Gloria– Una por cada consulta.

Mari Paz– Nos están jodiendo ahora. Nosotras trabajamos desde el cuidado, la enfermería no trabaja para curar, nosotros trabajamos desde el cuidado y el cuidado es personal. Yo cuando trabajo cuidando, a la persona tengo que conocerla porque Antonio necesita que le cuiden de forma distinta que a Vicente aunque tengan la misma edad. Y cuidado para Antonio es distinto que para Vicente, o sea, la enfermería trabaja para conseguir que la persona sea lo más autónoma posible, dentro de sus limitaciones: apoyo, suplir en momentos puntuales y cada vez ir retirando. Enseñar, educar... ¿Qué pasa? Que una medicina que sólo invierte en algo que sólo es receta, medicalización, no necesita enfermeras, sólo necesita técnicas, una enfermera que pinche culos y que tome la tensión, pero es que eso yo se lo enseño a cualquiera…

Gloria– Contratas auxiliares de clínica y te sale más barato…¿Sabes cuánto le pagan en la plaza de enfermera a la que se iba a presentar Andrea como fisio? 140.000 pts.

Mari Paz– ¿Sabes cuánto me pagaban en FUCAR? 132.000 pts.

Gloria– Es un abuso.

Mari Paz– Y como era un servicio de noche no nos pagaban nocturnidad porque como era de noche sólo. Trabajar de noche no es turno nocturno…

Gloria– Cuando nocturnidad siempre se ha pagado por ser de noche, porque te rompe el ciclo vital, por eso se paga nocturnidad, no porque sea un servicio sólo de noche…

Mari Paz– Y peligrosidad según, se metía en la nómina para ver si cuadraba, si no cuadraba, pues no.

Gloria– Imagínate todo lo que ganaba la contrata.

Mari Paz– Y luego nuestro jefe era guay, porque era de buen rollo: «lo que vosotras queráis».

Gloria– Seguro que él tenía un sueldo de 400.0000 pelas.

P– ***Claro, por eso tenía tan buen rollo (risas)…***

Gloria– Encima tenían que hacer trabajos que no les correspondían a ellos…

Mari Paz– El equipo nuestro nos coordinábamos solos, por eso funcionó tan bien. Claro, era un equipo de mujeres. Todas nos llevábamos de puta madre y eso funcionaba como un reloj. Que había bronca, ya sabías que todos ahí, si la bronca se alargaba y llegaba a las cenas, daba igual quién fuera, trabajadora social, educadora, enfermera, médico, quien fuera se iba a hacer la cena. Los demás de apoyo. Y cuando empezaban a personalizar , te metías. Faltaba algo de enfermería, a mí la trabajadora social me decía «estoy haciendo el pedido de vacunas, he visto que te faltan tuberculinas

para hacer el mantus de la prueba de la tuberculosis ¿te pido?», «vale tía, guay».

Gloria– Ese servicio funciona por el buen rollo de los compañeros, pero es que para que funcionara para la mierda, porque al final por solidaridad con la compañera haces que funcione, pero no te están pagado ni reconociendo, te están explotando.

Mari Paz– Nosotros teníamos masificación, pero funcionaba dentro de lo cutre que era, porque tú lo viste. La gente iba porque se sentía bien, porque nosotras estábamos bien, porque podían charlar, nos reíamos, poníamos música, ahora nos ponemos a bailar. Fue una época genial. ¿Qué pasó? Nos fuimos todo el grueso del equipo, se quedaron muy poquitas, empezó a entrar gente nueva y como la gente nueva no se lo cree, lógico, yo lo entiendo perfectamente, pues se fue al carajo y venían menos chavales…

Gloria– Y el Ayuntamiento no se iba a gastar 20 millones para atender a 13 personas todas las noches.

Mari Paz– Claro, entonces estaba acojonado nuestro jefe. Y así era, ese es el modelo.

Gloria– Ese es el modelo. Hay que crear empresas autónomas, que la gente se considere un empresario nato, como estamos dentro del modelo, todos queremos ser empresarios y ser empresario supone hacer recortes para sacar más beneficios.

Mari Paz– Claro, pero de buen rollo y con calidad de profesional.

Gloria– Esta niña iba con unas pintas, que parecía otra yonqui. Claro, una médico formada como médico no va a trabajar ahí, gana una mierda y encima tiene que hacer bocadillos, claro, es que tú también entiéndela, y es que tú también. O sea tú lo hiciste porque te daba lo mismo, pero yo como trabajadora social no hago bocadillos. Mira, te vienes tú como jefa a hacer bocadillos, yo me voy a dedicar a atender, a entrevistar, a estar con los chavales, a comer con ellos para poder ver un poco cómo se puede…

Mari Paz– Porque nosotras nos lo creímos, fuimos masocas, total.

Gloria– Fuisteis masocas porque encima estabais ganando una mierda. Yo creo que fue por creértelo, por autodefensa, porque diste con gente maja, pero yo entiendo a esa médico, no por ser médico, si hubiese sido una enfermera, igual.

P– ***Por lo que nos decía Mari Paz, tus relaciones sociales pasan por ahí, es tu mundo y quieres que funcione bien…***

Mari Paz– Era mi gente. Yo iba a FUCAR solamente para estar con mi gente, para reírme, hacíamos tipo terapia, era una catarsis total, pero incluidos los chavales. Se enteraban, daban su opinión sobre tu vida: «jo, tía pues yo creo que deberías tal» y decían «¿vosotras que hacéis aquí? ¿Qué pasa? ¿Que os han echao de algún lao para estar trabajando aquí?». Hubo un día, que yo me cagaba de la risa, que le dice uno a otro: «y tú cállate, que en una semana te pinchas lo que ganan estas chicas en un mes».

Gloria– A mí un paciente me dice que de dónde me han echao que estoy trabajando ahí y se me cae el alma al suelo. Pero fíjate de dónde saca uno… una cosa es trabajar, vamos, los trabajos nuestros tienen algo de militancia si los abordas desde una opción distinta, pero tienes que poner fronteras. Tú conectaste, te lo creías, fue la experiencia más rica que tuviste, pero ojo, no te puedes creer que a esos chavales les puedan resultar útiles unos servicios sociales de ese tipo. Ahí les fue útil porque cuando estuvisteis vosotros, por autodefensa, encontrasteis gente maja y dijisteis: «aquí vamos a trabajar en las mejores condiciones posibles entre nosotras, porque es un medio hostil y no gratificado ni económica ni profesionalmente».

P– ***¿Tú no te has visto en esa situación?***

Gloria– Yo no, porque a mí me han pagado lo que me tenían que pagar, pero, ojo, aquí yo no… entonces había trabajos, aunque eras consciente de que lo que hacías era una especie de militancia. Pero a mí me pagaban dentro de lo estipulado para un profesional médico, nunca he trabajado por menos pelas.

P– ***Pero porque tú te has incorporado al mercado laboral en otra época, si te hubieras incorporado ahora como nosotras estarías como estamos nosotras***

Gloria– Claro, pero por eso mismo tienes que tener más criterio para juzgar la realidad. Si quiero tener estas amigas me lo monto fuera, pero encima no se lo voy a dar a esta empresa. Con esta gente hago un buen rollo, pero fuera. O marco el ritmo: lo estrictamente necesario.

Madrid, octubre 2003

«Orgullo puta»

Hablando con una estudiante y trabajadora del sexo

Liad llegó a Barcelona invitada a unas jornadas sobre el conflicto israelo-palestino. De Barcelona viajó a Madrid y, una vez aquí, combinó dos búsquedas: de trabajo en peep shows *y de contactos con grupos de mujeres que ella calificaría «pro-prostitución». Con la ayuda de compañeros y compañeras de CGT, al fresco de la Eskalera Karakola en un caluroso día de agosto, aprovechamos su estancia en Madrid para hacerle una larga entrevista.*

P– ***¿Dónde vives y qué haces como medio de sustento?***

R– Vivo en Israel y Palestina, en el lado israelí. Actualmente soy estudiante y escribo una columna para un periódico, ésa es mi principal fuente de ingresos. Tengo intenciones de trabajar en casas de citas como telefonista, no como prostituta. Anteriormente, he trabajado haciendo SM como ama y ofreciendo otros servicios sexuales pero sin mucho contacto directo, más bien basados en fantasías. También he trabajado de *encueratriz* [profesional del *strip tease*], en *peep shows* detrás de un cristal, en espectáculos privados sin vitrina, pero igualmente basados en fantasías. En alguna ocasión, he trabajado ofreciendo servicios sexuales con algo de contacto físico, pero no total.

P– ***¿Podrías hablarnos de la columna que escribes en el periódico?***

R– Sí, es una columna personal, por lo tanto escribo sobre mí misma y mis experiencias, principalmente mi experiencia en la industria del sexo. Sobre todo procuro enlazar cuestiones del feminismo con el trabajo sexual y cómo las mujeres pueden adquirir más poder a través del trabajo sexual. También intento destacar muchos asuntos éticos y sociales relacionados con el trabajo sexual. Me parece importante mencionar que no es muy común dar voz a las trabajadoras sexuales y creo que ésa fue la intención inicial de esta columna. No es lo mismo que se escriba sobre el trabajo sexual, a que las propias trabajadoras tengan voz y puedan hablar por sí mismas.

P– ***Y ahora háblanos de la situación legal en lo que atañe al trabajo sexual en Israel***

R– Sí, gran parte de la industria del sexo se mueve alrededor de la prostitución. Otros servicios, como los espectáculos de *strip tease* son menos comunes. También hay servicios de SM, como ya dije, y se producen películas porno, pero, en realidad, el componente principal de la industria es la prostitución. La prostitución no es ilegal en Israel, pero no se la reconoce como un medio de ingresos, con lo cual, tiene un estatus alegal. Lo único que sí que es ilegal son los proxenetas, alquilar un piso con propósitos de prostitución y poner anuncios publicitarios de servicios sexuales. En Israel se ejerce la prostitución principalmente en casas de citas y no en las calles. A veces también existen los llamados «pisos privados», y hay mujeres que trabajan por cuenta propia, pero, en realidad, la mafia controla gran parte de la industria, especialmente en Tel Aviv y Haifa.

Israel tiene un alto índice de mano de obra migrante, gran parte de la cual ha llegado a través de redes de tráfico de personas. Con relación al mundo, Israel es el primer o segundo país con índices más altos de prostitutas migrantes que han llegado a través de redes de tráfico. Claro, por un lado, no se considera la prostitución como una forma de trabajo, y además muchas de las mujeres ni siquiera tienen estatus de trabajadoras, muchas de las que son migrantes, no cuentan con papeles de residencia y las que han llegado a través de redes de tráfico están atadas a un club en concreto: todos estos factores se suman para hacer a las trabajadoras sexuales extremadamente vulnerables, y esto favorece que los traficantes y los dueños de casas de citas pueden aprovecharse de ellas.

Hay una diferencia entre los traficantes y los dueños de clubes. A las mujeres que llegan a través de redes de tráfico ilegales, los traficantes las dejan en manos de dueños de casas de citas a cambio de altas sumas de dinero. Con esta «compra» se crea una deuda «usurera» para las mujeres: es decir, que tienen que pagar con su trabajo el precio de su manutención y todos los costes del viaje a Israel: los de sus documentos, los billetes de avión… en fin, todo el coste del proceso de contrabando. Además de la obligación de pago de una deuda de sumas desorbitantes, al no tener papales ni contactos, quedan totalmente en manos de las redes de tráfico y de los dueños de clubes. Los traficantes y dueños de clubes a menudo se aprovechan de esta situación de vulnerabilidad y abusan de ellas.

Hay una gran diferencia entre las mujeres migrantes en general y las que llegan a través de redes de tráfico. Hay mujeres que han elegido ir a Israel utilizando redes ilegales de migración, lo que significa pagar a una persona o a varias por los gastos de un viaje que es ilegal. Pero esto es distinto que llegar a través de redes de tráfico y quedar sujeta a un único club en el que estás obligada a trabajar y hacer todo lo que te digan para pagar la deuda «usurera». Por supuesto que la mayoría de las mujeres prefieren venir por cuenta propia para no estar sujetas a este tipo de deudas «usureras» y así tener más flexibilidad a la hora de buscar trabajo de manera autónoma. Pero no todas pueden, porque para venir por cuenta propia hay que tener más medios. También existen muchas mujeres israelíes que trabajan en la prostitución. Muchas de ellas han nacido en Israel, pero provienen de Europa del Este, y evidentemente hay una gran diferencia entre las condiciones de trabajo de éstas y las de las mujeres migrantes. Si tienes la ciudadanía, puedes negociar

para mejorar tus condiciones de trabajo, puedes obtener el 50 por ciento de tu trabajo, no se lo debes a nadie y en general, los dueños de casas de citas te tratan mejor. Además, como la prostitución es común en muchos sitios, si no te gustan las condiciones de un lugar, puedes irte a otro.

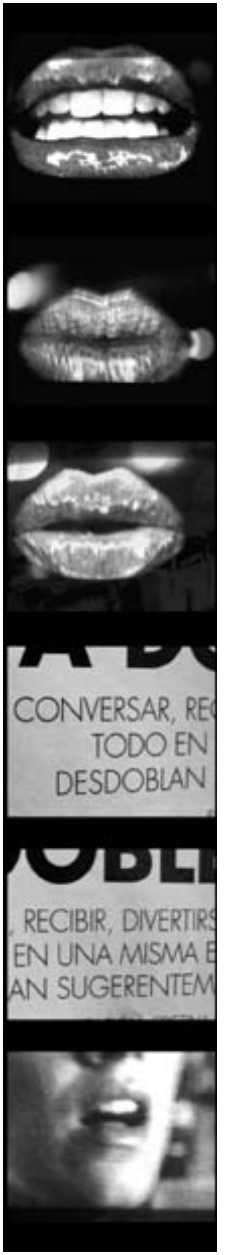
También existe la prostitución de calle, pero es menos común. La mayoría de las mujeres que trabajan en las calles son mujeres que no pueden trabajar en casas de citas, principalmente transexuales y yonquis, porque no las contratan. Como ya he dicho, hay mujeres que trabajan por cuenta propia, no en casas de citas, sino que tienen un piso con una amiga y trabajan juntas. Estas condiciones son mucho mejores, pero a la vez significa convertirse en dueña de un negocio, lo cual comporta riesgos, porque como ya he dicho alquilar un piso con el propósito de ofrecer servicios sexuales directos (prostitución) es ilegal. Si te descubren, quedas en una situación muy difícil y, además, si hay más mujeres trabajando en el piso, se te puede acusar de proxeneta, con lo cual te enfrentarías a dos cargos en los tribunales.

Hay dos cosas que me gustaría mencionar sobre la relación entre la policía y la mafia. La mafia controla gran parte de la industria del sexo, especialmente en Tel Aviv, donde la policía no interviene. No estamos seguras, pero presuponemos que existe un acuerdo entre la mafia y la policía. La policía seguramente considera demasiado peligroso intervenir en lugares controlados por la mafia, mientras que hacen redadas continuamente en sitios donde no hay tanta mafia, como en Jerusalén. Evidentemente, quienes sufren las consecuencias son las mujeres, porque muchas no tienen papeles y también por el carácter alegal de la prostitución. Cuando detienen a una mujer que está trabajando, en la calle o en un piso, suele ser por no tener permiso de residencia, o por estar trabajando sin permiso de trabajo. Irónicamente, en esos casos la prostitución adquiere un estatus de trabajadora, y te pueden acusar de trabajar ilegalmente, sin papeles. Por otro lado, durante las redadas en Jerusalén, intentan acusar de proxenetismo a alguien que normalmente no es el proxeneta en sí, sino por ejemplo una mujer que trabaja en el mostrador o la administradora.

Otra cosa de la que quisiera hablar es respecto a la legalidad del trabajo. Evidentemente, es un trabajo sin estatus legal, todo lo que se gana es dinero negro, en efectivo, y no se recibe ningún tipo de prestación social. No conozco ningún caso de mujer que haya ido a Hacienda para declarar impuestos y pagar la seguridad social y así conseguir prestaciones sociales. Sin embargo, presupongo que si sucediese, no sabrían cómo clasificarnos, en qué tipo de actividad económica incluirnos, principalmente por razones burocráticas. No se me considera empleada porque mi empleador, que es un proxeneta, nunca admitiría que soy su empleada. Más que nada soy autónoma, pero no tengo recibos, así que no puedo demostrar cuánto he ganado. Y desde luego no puedo ser empresaria, porque ser dueña de un negocio de este tipo es ilegal.

P– ***Podrías comentarnos la situación global de la prostitución y del trabajo de movilización y organización en torno a la industria del sexo.***

R– El tema de la organización y movilización dentro de la industria del sexo, es decir, la lucha para que el trabajo sexual sea reconocido como tal y la lucha por los derechos de las trabajadoras, cobró importancia en Estados Unidos a principios de la década de 1990. A partir de entonces,



la sindicalización de bastantes trabajadoras sexuales, la formación de algunos colectivos de prostitutas, así como la aparición de colectivos de trabajadoras sexuales con representación oficial en el gobierno han dado empuje a esta situación. Uno de estos colectivos está en San Francisco y tiene representación sindical. Hay otro sindicato de prostitutas que se formó recientemente en Gran Bretaña, ligado a un sindicato oficial. Además, me parece que existen algunos sindicatos en Calcuta, así como en Hong Kong, que reciben apoyo de sus respectivos gobiernos.

Por otro lado, se está produciendo un aumento de la migración de mujeres que buscan trabajar en distintos sectores, entre ellos la prostitución. En la década de 1990, con este incremento de la migración, se formó una organización llamada «Coalición contra el tráfico de mujeres», que es probablemente la organización más grande y sólida que trata la cuestión de la prostitución desde una perspectiva absolutamente abolicionista. En aquella época, tenía como prioridad absoluta en su agenda los problemas del turismo sexual en Tailandia e intentó introducir este tema en la agenda internacional. Otra cosa que sucedió en relación con el turismo sexual fue el manifiesto internacional sobre prostitución de 1996. Era un manifiesto escrito por prostitutas organizadas con una serie de reivindicaciones, pero no tuvo mucho difusión.

Al mismo tiempo que aumentan determinadas problemáticas relacionadas con la prostitución, la migración y el tráfico de mujeres y sus consecuencias, vemos que la mayoría de las mujeres trabajadoras en la industria del sexo no se quedan en un solo lugar, sino que optan por migrar a lugares donde tienen posibilidades de estar mejor remuneradas. Muchas mujeres procedentes de países pobres de Asia oriental se van a Tailandia. Por ejemplo, mujeres filipinas. A su vez, las tailandesas migran a Australia, donde se las considera exóticas y se las valora por eso, mientras que las australianas se van a Japón, donde se las valora por ser blancas y ganan más dinero. Hay incluso mujeres de Estados Unidos que eligen Japón como lugar de trabajo. Las mujeres de Europa del Este, por su parte, se van a Europa occidental… y así sucesivamente. Así que la migración es cada vez más predominante, y el tráfico de personas también aumenta. Como esta situación es cada vez más visible, los grupos contra el tráfico de mujeres (en su mayoría abolicionistas) han ido cobrando fuerza y ha crecido su capacidad de presión.

Existen grupos con mucha influencia en el gobierno de Estados Unidos y las Naciones Unidas. Debido a su trabajo en las Naciones Unidas, la situación se ha polarizado y los políticos se han visto obligados a posicionarse, sea a favor de la prostitución, lo que significa reconocer el derecho que tienen las trabajadoras al trabajo sexual, legitimando su elección y permitiendo mejorar sus condiciones, o en contra, es decir, tomando una postura abolicionista. Los y las abolicionistas generalmente son humanitarios/as, trabajan *para* las prostitutas, mientras que los grupos pro prostitución trabajan *con* ellas y muchas veces son grupos constituidos por las propias prostitutas. Las/los abolicionistas trabajan en programas sociales y humanitarios y no en proyectos progresistas o políticos. Ser abolicionista generalmente significa ver a las mujeres como víctimas y, aunque por lo general desde estas posturas no se intente erradicar directamente el trabajo de las prostitutas, sí que se procura ilegalizar el proxenetismo y la creación de barrios rojos, con el pretexto de mejorar las condiciones de las mujeres, cuando estas medidas en la mayoría de los casos suelen traducirse en una mayor vulnerabilidad para las prostitutas. El discurso humanitario de los/las abolicionistas ha favorecido el estrechamiento de sus lazos y relaciones tanto con el gobierno como

con distintos organismos internacionales ligados a las Naciones Unidas. Cada vez tienen más poder. Por ejemplo, la «Coalición contra el tráfico de mujeres», una organización a escala internacional, tiene un *lobby* muy fuerte. En términos generales, existe una drástica división entre grupos abolicionistas y grupos pro-prostitución, aunque ambos afirman ser feministas. La «Coalición contra el tráfico de mujeres» dice que toda la prostitución, todo el trabajo sexual, es violación y que empeora el estatus de las mujeres en la sociedad. Por otro lado, los grupos pro-prostitución y a favor de la movilización por los derechos de las trabajadoras sexuales, dicen que la prostitución siempre existirá y que cuando no se reconocen los derechos de las prostitutas, se divide a las mujeres en buenas y malas, esposas y putas. Además, estos grupos distinguen entre las mujeres que han elegido trabajar en la industria del sexo y las que son víctimas, por el motivo que sea. Como el debate está cada vez más candente y la «Coalición contra el tráfico de mujeres» es un organismo con mucha fuerza a escala internacional, las Naciones Unidas han acabado aceptando una perspectiva abolicionista, al igual que el gobierno de Estados Unidos. Asimismo, el gobierno de Estados Unidos ha adoptado ya algunas medidas encaminadas a la abolición de la prostitución. En resumen, los grupos abolicionistas son más fuertes y tienen conexiones con el gobierno porque son humanitarios y porque no son progresistas ni pretenden un verdadero cambio social.

Recientemente, se presentó un manifiesto en Estados Unidos para recortar los fondos de USAID. USAID es un organismo estadounidense que destina fondos a muchos tipos de organizaciones internacionales humanitarias entre ellas algunas que trabajan la cuestión de la prostitución. El manifiesto exigía a USAID que suspendiera la financiación de organizaciones que considerasen la prostitución como una forma legítima de trabajo. Esto es algo muy grave: significa que se han retirado subvenciones a todos los grupos que trabajan con prostitutas y las reconocen como trabajadoras sexuales, aunque su trabajo consista simplemente en enseñarlas a leer y a escribir para ofrecerlas otras posibilidades en el mercado laboral. De modo que vemos una evolución que apunta a la hegemonía de determinada visión de la prostitución, de acuerdo con la cual todos los grupos que defienden los derechos de las trabajadoras sexuales y la movilización de las prostitutas son considerados prácticamente ilegales e ilegítimos y tienen que enfrentarse a organismos gubernamentales internacionales y a las Naciones Unidas, que les dan completamente la espalda.

Otro motivo por el cual la «Coalición contra el tráfico de mujeres» ha sido capaz de presionar en esferas tan elevadas y con tanta repercusión reside en su alianza en Estados Unidos con grupos cristianos fundamentalistas que también están en contra del trabajo sexual. Estos grupos cristianos son muy poderosos, con lo cual esta alianza entre ambos grupos y la unificación de sus agendas para promover una única visión con respecto al trabajo sexual, resulta bastante sospechosa. Por otro lado, con el fin de sumar fuerzas para resistir a escala internacional, los grupos pro-prostitución se están uniendo a organizaciones de derechos humanos, en defensa de los derechos de los/las trabajadoresa y en defensa de los derechos de los/las inmigrantes, así como a organizaciones de trabajadoras sexuales, para constituir una coalición internacional fuerte y hacer frente a organismos como las Naciones Unidas.

P– ***¿Cómo está funcionando esta alianza entre trabajadoras sexuales y grupos de derechos humanos, laborales, etc? ¿Qué significa para tí el activismo desde el trabajo sexual?***

R– Lo bueno de esta alianza de las trabajadoras sexuales con distintos grupos de trabajadores, grupos en defensa de los derechos de los trabajadores inmigrantes y grupos de derechos humanos es que queda claro que las trabajadoras sexuales tienen derechos y que son trabajadoras legítimas y por lo tanto merecen los mismos derechos que los demás trabajadores. En este sentido, se está convirtiendo en una lucha de trabajadoras, aunque también es una lucha contra las abolicionistas. Reconocer el trabajo sexual como trabajo no es novedoso, ni es algo que haya descubierto yo, porque cualquier mujer trabajadora en la industria del sexo sabe que lo que hace es un trabajo, porque es su medio de sustento y no deja de ser trabajo por el hecho de que sea sexual. Es algo que se hace con el fin específico de ganar dinero y para mejorar las condiciones es preciso tener en cuenta que todos los tipos de trabajo sexual, dentro de la industria del sexo, se parecen: el trabajo en su conjunto, la interacción con los clientes, la manera de ganarte el dinero, son siempre iguales. Únicamente varían las condiciones laborales de un trabajo a otro. Para poder mejorar, para estar mejor remunerada y mejorar las condiciones de trabajo, es necesario que nos reconozcan como trabajadoras.

La lucha por los derechos de las trabajadoras sexuales siempre ha sido igual. Echaron dos veces del trabajo a una amiga con la que trabajé en un *peep show*. Evidentemente, la echaron porque cada vez exigía más derechos, era muy reivindicativa, causaba demasiados problemas a la administración y llevaba trabajando allí algún tiempo, con lo cual los dueños querían sustituirla por mujeres nuevas que poder ofrecer a los clientes. El primer sitio al que acudió fue al Consejo de Trabajadores. Yo he trabajado en lugares, dentro de la industria del sexo, en los que el deseo de las mujeres de sindicarse y de luchar por más derechos imperaba mucho más que en otros lugares de trabajo más «cualificado». Las trabajadoras sexuales tienen mucha más conciencia de qué cambios hacen falta. Lo que impide que se den esos cambios son las malas condiciones de trabajo y las situaciones de esclavitud que hay a veces, que obstaculizan la movilización. También es un obstáculo la victimización de las trabajadoras sexuales. He conocido a mujeres, a las que las abolicionistas les han lavado el cerebro mientras ejercían la prostitución, que han terminado viéndose a sí mismas como víctimas y a las que, por lo tanto, nunca se les ocurriría exigir una mejora de sus condiciones, porque no se consideran trabajadoras. Y que, cuando recurren a otra prostituta, no es con el fin de organizarse, sino para buscar apoyo emocional, apoyo para poder seguir aguantando las condiciones. Éste es uno de los problemas del abolicionismo.

En cuanto a lo que significa el activismo en el trabajo sexual, hay dos cosas que se correlacionan. Una es la lucha por los derechos, que empezarán a conseguirse cuando el trabajo sexual deje de ser tabú, cuando esté legitimado y sea reconocido como trabajo, lo cual significa quitar el estigma del sexo en general. Así que, para que el trabajo sexual sea reconocido como un empleo, tanto los trabajos sexuales como el sexo en sí deben ser menos tabú. Hay algunas personas

que están en contra de esto, porque los servicios sexuales se remuneran en función del propio hecho de ser tabú y porque no hay forma de acceder al sexo, a determinado sexo, gratuitamente, y todo ello eleva el precio del trabajo sexual. En lugares donde el trabajo sexual se ha despenalizado, se ha registrado una reducción del precio del sexo, las mujeres ganan menos dinero. Sin embargo, yo creo que, en general, sería beneficioso. También porque considero que culturas menos represivas y con menos tabúes ligados al sexo son mucho más saludables en su conjunto, tenga esto que ver con el trabajo sexual o no.

Para mí, es muy importante señalar que una trabajadora sexual activista adquiere más poder de su propio trabajo. Me refiero a que, tradicionalmente, las mujeres se han diferenciado de los hombres por sus habilidades sexuales, por su habilidad de atraerlos y seducirlos, lo cual las hace mucho más fuertes que los hombres, no físicamente, pero sí por el poder que tienen sobre ellos y la capacidad de convertir este poder en una forma de trabajo, en un activo, en algo que da dinero. Creo que esta es una característica universal de todas las mujeres, pero contradice los estereotipos internacionales que hay sobre las prostitutas: se las suele retratar como mujeres pobres, víctimas, yonquis, indefensas y en una situación mala. Lo que crea esa contradicción es la incapacidad de separar el trabajo sexual en sí, de las condiciones en las que se realiza ese trabajo.

El trabajo dentro de la industria del sexo es siempre igual. Siempre consiste en desplegar los propios poderes de seducción. Son las condiciones de trabajo lo que hace que cada situación varíe y lo que coloca a las mujeres en diferentes posiciones de desventaja. Por ejemplo, el trabajo que desempeño dentro de una habitación con un cliente, cómo lo seduzco, cómo consigo que haga lo que yo quiero, y los medios que utilizo, es siempre algo universal. Sin embargo, lo que diferencia es cuánto me pagan, cuánto poder tiene él sobre mí, en qué consiste mi relación con mi proxeneta y si éste tiene trabajo que ofrecerme, todos estos elementos forman parte de las condiciones de trabajo. Asimismo, la lucha por la mejora de las condiciones se parece a la lucha en otros sectores laborales. Si reconocemos el trabajo sexual como una ocupación laboral, como un empleo, entonces podremos mejorar las condiciones de las prostitutas y elevar la posición de las mujeres. No rebajar, sino elevar su posición, porque lo que realmente hacemos las trabajadoras sexuales es utilizar y celebrar, para nuestro mayor provecho, los recursos y habilidades que las mujeres tenemos que ofrecer a la cultura, en lugar de reprimirlos o de mostrarlos como algo malo.

P– ***¿Crees que sindicarse sería una manera efectiva de mejorar las condiciones en el trabajo sexual?***

R– Por supuesto, creo que organizarse para mejorar los derechos es muy importante. Desde un punto de vista general, que las trabajadoras sexuales se sindiquen significa que se está legitimando su posición como trabajadoras, y en este sentido los sindicatos son útiles. Lo que sucede es que globalmente las condiciones son muy diferentes. Por ejemplo, en Estados Unidos la prostitu-

ción es completamente ilegal y es necesario que se despenalice, no legalice, sino despenalice, porque legalizar significa el control del Estado y despenalizar quiere decir que todas pueden ejercer cómo deseen. En otros países, la prostitución es alegal y es importante que se la legitime y para eso, evidentemente, hay que seguir los procesos habituales de organización, de organización de colectivos, de *lobbys*, sean contra la política del gobierno o para crear una resistencia contra los empleadores. Este proceso tiene la misma importancia en otros sectores laborales. Lo que sucede es que los problemas de un lugar a otro son diferentes y aunque el tipo de organización necesaria también varía, en general se dan los mismos procesos. En todos los lugares de la industria del sexo en los que he trabajado, los problemas se parecían mucho a los de un trabajo convencional, donde sindicarse es el único modo de resistencia que tienen las mujeres. Sin embargo, es muy problemático cuando existen sindicatos corruptos, que trabajan en alianza con el gobierno, que están formados por hombres, que promueven agendas políticas de hombres, que tienen acuerdos con negocios privados sindicados así como con el gobierno; todos estos factores son obstáculos a la hora de sindicarse. Pero, de nuevo, vemos que estos problemas del sindicalismo son habituales también en todo tipo de trabajos, les quitan el suelo a los trabajadores, dejándolos sin poder, y así sucede en el trabajo sexual.

Puedo dar un ejemplo de esto: ahora mismo, en Israel, los proxenetas de varios negocios del sexo están intentando organizarse para hacer presión al gobierno y pedir que se legalice la prostitución. Efectivamente, lo hacen con vistas a beneficiarse de un tipo de legalización en las que las mujeres ganarían menos dinero y ellos más, y además ya no podrían detenerlos. Hay un grupo de abolicionistas feministas que están luchando contra esto, en pro de la ilegalización total de la prostitución, argumentando que así protegen a las mujeres de los proxenetas y disminuyen el poder que éstos tienen. Por supuesto, estoy de acuerdo en que el proxeneta debe tener menos poder y las mujeres más, pero creo que tratar el tema desde esos dos ángulos contradice cualquier perspectiva progresista. De haber *lobbys* de presión al gobierno, deberían ser de trabajadoras sexuales en defensa de sus derechos, y sí, también para legalizar la prostitución, pero en otras condiciones que las que quieren los proxenetas. Una fuerte representación sindical permitirá crear un fuerte grupo de presión para contrarrestar el proxenetismo y a los dueños de negocios y garantizar nuestros derechos como trabajadoras.

Hace tiempo, trabajé en un *peep show* en Estados Unidos que estaba vinculado con otro en el que las mujeres consiguieron sindicalizarse. Hubo una gran mejora, no sólo en las condiciones de trabajo, sino también en el aumento del poder de las mujeres con respecto a la administración del negocio. Al igual que otros empleos, si los/las empleadas tienen más poder, ya no es tan fácil despedir a cualquiera. Pero durante el proceso, surgieron problemas típicos de cualquier proceso de sindicalización en cualquier tipo de trabajo. En cuanto descubren que quieres sindicalizarte, los jefes intentan averiguar quiénes son las involucradas, intentan despedirlas bajo otros pretextos, contratan a abogados para deshacer el sindicato, intentan romper el sindicato con cualquier medio, contratan a mujeres esquiroles...

Resulta difícil cuando muchos de los negocios son pequeños y muchas mujeres trabajan en casas de citas, porque cuando un lugar de trabajo se sindicaliza, no afecta las condiciones de trabajo del resto de sitios. Los traficantes y los dueños de negocios suelen tener más de un negocio,

eso les permite despedir a mujeres con frecuencia y traer nuevas. Eso hace difícil sindicalizarse, pero si sucediese a gran escala, las mujeres tendrían más poder frente a los traficantes y la mafia organizada. Si embargo, puesto que el mercado negro y los traficantes están en juego, es un asunto muy difícil y peligroso, y las mujeres que trabajan bajo esas condiciones son muy conscientes de ello.

Otra cosa, que yo personalmente apoyo, es una medida que no está en manos de las trabajadoras sexuales sino de quienes consumen servicios sexuales, es decir, consumo dirigido. Esto significa que si tienes la opción de ir a cualquier casa de citas y contratar a cualquier prostituta, deberías asegurarte de obtener los servicios solamente de quienes están en mejores condiciones, para apoyarlas y boicotear a aquellos que maltratan a sus mujeres. En definitiva, es utilizar el poder del consumidor. Si eres feminista y estás en contra del tráfico de mujeres o de menores, o lo que fuese, y no quieres que las mujeres trabajen en malas condiciones, no tienes por qué dejar de consumir sexo, sino dirigir tu dinero de manera más eficaz. Y por supuesto, como yo misma soy una trabajadora sexual, creo que se debe dar propinas a las mujeres y pagarlas más de lo establecido, porque mientras más dinero cobren, menos desigualdad tendrán frente al proxeneta. Generalmente, las propinas no se comparten con el proxeneta, sino que te quedas con la cantidad íntegra, con lo cual ganas un porcentaje más alto de tu trabajo.

También quiero añadir que es imprescindible la unión de las trabajadoras en toda la industria del sexo, tanto para la lucha por la legitimación del trabajo sexual, como para que las trabajadoras sean reconocidas como tales. Sobre todo porque tiende a haber una jerarquización entre diversos trabajos sexuales (actrices porno, teleoperadoras de línea erótica, trabajadoras de *peep shows* o clubes de *strip tease*, profesionales de SM), así como entre diferentes tipos de prostitución (de calle, a domicilio, en casas de citas, clubes, «plazas», etc). Por ejemplo, una encueratriz diría, «yo no soy prostituta, soy mejor y de clase más alta». O una prostituta a domicilio bien remunerada podría decir, «yo no trabajo en la calle, así que soy mejor». Sin embargo, ante los ojos de la sociedad, todas somos iguales. Me refiero a que es igual de difícil admitir públicamente que eres una encueratriz o una profesional de SM, que admitir que eres prostituta. Es muy importante recordar que el trabajo es similar y, reitero, únicamente cambian las condiciones de trabajo, y cuánto cobras por él. El trabajo que desempeñamos es igual en un plano emocional, y nuestro estatus ante los ojos de la sociedad también es el mismo. Esto influye mucho en cómo nuestra familia nos ve y cómo la policía y la ley nos trata. Para poder organizarnos, las mujeres no deben fragmentarse o compartimentarse en categorías jerárquicas, porque esto es precisamente lo que las abolicionistas intentan hacer. Intentan separarnos al decir «tú estás bien remunerada, evidentemente debiste tener elección, en comparación con la mayoría que trabajan en la industria del sexo sin haberlo elegido». En realidad, las condiciones de unas son mejores que las de otras por otros factores: porque eres autóctona, porque eres joven, o guapa, o porque sabes idiomas. El tipo de distinción que establecen las abolicionistas en realidad pretende definir quién es víctima y quién no, o más bien qué tipo de víctima eres, sosteniendo que la mayoría de las trabajadoras sexuales migrantes son víctimas de la pobreza y de la violencia de quienes trafican con ellas, mientras que el resto son víctimas de la sociedad patriarcal (libertinas). En Israel, por ejemplo, cuando una mujer tiene que declarar en un juicio, suelen decir en su defensa «pobre mujer, no sabía a lo que venía, no sabía que terminaría como prostituta, y por eso deberían dejarla libre, por eso deberían tratarla bien». ¿Qué significa

esto? ¿Qué si sabías qué ibas a trabajar de prostituta, pero desconocías las condiciones, entonces eso te hace delincuente? Intentan separarnos entre víctimas y mujeres malas o libertinas. La diferencia que subrayan es que las buenas mujeres son pobres y han caído en manos del tráfico y la migración y otras redes, mientras que las malas han elegido mejorar sus condiciones al optar por un trabajo más lucrativo acorde con sus deseos de vida, sus habilidades y su capacidad de rentabilizar eso. Entonces, para poder organizarnos por una mejora de nuestras condiciones es preciso saber que el trabajo sexual no tiene distinciones y hacer falta unión y solidaridad entre las trabajadoras sexuales de todo tipo. De otro modo, no podremos confrontarnos ni con nuestro barrio, ni mucho menos con los poderes legislativos.

Un último punto que quisiera añadir es que cuando la gente me pide que me defina a mí misma, siempre me defino como puta. En hebreo digo puta, para recuperar el término. No utilizo la palabra prostituta, porque en inglés define específicamente lo que haces, mientras que puta es jerga peyorativa que también define a cualquier tipo de mujer «fácil», cualquier tipo de mala mujer, o cualquiera que trabaje en la industria del sexo. Reclamar y reivindicar esa palabra, usándola con orgullo, lo que en Estados Unidos se llama «orgullo puta» [*whore pride*], permite legitimar algo que es aceptable y además elimina las diferencias, porque no exige que dé explicaciones o justificaciones de lo que hago en un plano jerárquico. Soy puta por definición, por quién soy, y si consigo valorizar eso, que se vea como algo positivo, entonces contribuye a mi movilidad.

Madrid, agosto 2003.